

El proceso de crecimiento urbano de *Cauca* durante la Edad del Hierro (750/700 a. C. – cambio de Era)

Juan Francisco Blanco García*

Resumen: Uno de los aspectos más desconocidos de las ciudades vacceas es el que se refiere al proceso de crecimiento que experimentaron desde sus inicios como núcleos estables hasta época romana. En este trabajo vamos a realizar una aproximación al mismo, aplicado al caso de *Cauca* (Coca, Segovia), y a través de los datos obtenidos en un número significativo de excavaciones arqueológicas practicadas en diversos puntos del solar que ocupó. A esta información, que es la fundamental, se añaden las observaciones que hemos podido llevar a cabo en varias obras de construcción durante la realización de vaciados, cimentaciones y zanjas. Abarcaremos, por tanto, desde inicios de la Primera Edad del Hierro hasta el cambio de Era.

Palabras clave: cultura del Soto de Medinilla, *Cauca* vaccea, crecimiento urbano, secuencias estratigráficas, cerámica vaccea, Edad del Hierro, valle medio del Duero, España.

The urban expansion process of *Cauca* during the Iron Age (750/700 BC - the end of 1st century BC)

Abstract: In order to study the Vaccaean towns, it is necessary to understand the urban expansion process occurred, from its beginnings to the birth of the Roman Empire. This is an aspect practically unknown in the mid-Duero region, and by this reason in this paper we are going to study specifically the Vaccaean city of *Cauca* (Coca, Segovia), with the results obtained in numerous archaeological excavations. The period under consideration runs from the Early Iron Age to the end of the first century BC.

Keywords: Soto de Medinilla culture, Vaccaean *Cauca*, Urban Development, Stratigraphic sequences, Vaccaean pottery, Iron Age, Middle Duero Valley, Spain.

Recibido: 25 de marzo de 2023 / Aceptado: 12 de septiembre de 2023

Cómo citar: BLANCO GARCÍA, J. F. (2023): "El proceso de crecimiento urbano de *Cauca* durante la Edad del Hierro (750/700 a. C. – cambio de Era)". *Vaccea Anuario*, 16, pp. 25-60.

Introducción

Hace ahora cinco años que vio la luz el libro *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad* (Valladolid, 2018). En él ofrecíamos una síntesis puesta al día de los conocimientos que se tenían sobre tan destacada ciudad prerromana del valle del Duero, emanados fundamentalmente de las excavaciones arqueológicas realizadas entre 1980 y 2014, pero también de los numerosos hallazgos de objetos arqueológicos que a lo largo del tiempo se han ido produciendo, así como de la observación de vaciados y remociones del terreno efectuadas en el casco antiguo y, en menor medida por ser muy escasas las referencias, de la información que nos suministran los autores clásicos. Como es habitual en trabajos panorámicos en los que se estudian ciudades prerromanas, unos capítulos están más cuajados de información que otros, bien porque en unos campos se ha investigado más a fondo que en otros, bien porque unos temas de análisis son más accesibles que otros para el estudioso a través de la práctica arqueológica, o simplemente porque unas excavaciones han sido más fértiles en ciertos aspectos que otras. Esto último es lo que nos indujo a pensar, cuando escribíamos el citado libro, que quizá podría ser interesante para el lector, especializado o no, concluirlo con un anexo de las excavaciones arqueológicas realizadas e informaciones obtenidas en aquellas obras de construcción que más datos habían aportado al conocimiento de la vida material de quienes habitaron la ciudad de *Cauca*, desde su origen como aldea de la Primera Edad del Hierro hasta su lenta transformación en *ciuitas* romana (Blanco, 2018a: 249-268). Siguiendo un modelo de ficha, ofrecimos de manera breve los datos básicos de cada una de las actuaciones y obras con las imprescindibles secuencias estratigráficas registradas para que cada ficha no fuera un simple “hago constar”, sino un documento arqueológico con los comentarios que fuesen pertinentes. Un documento arqueológico al que, sin embargo, le faltaba algo fundamental para que su utilidad fuera completa: los materiales recuperados en cada intervención. Si bien inicialmente nuestra intención era recoger los más destacados de cada una de ellas, pronto tuvimos que desestimarla ante la extensión que iba alcanzando el volumen, aunque no renunciábamos a hacerlo en un futuro cercano.

No alargar dicha monografía más de lo debido fue igualmente la razón por la que concedimos muy poco espacio a varias cuestiones de las que teníamos información novedosa, entre ellas la relativa a cómo se había producido el proceso de crecimiento urbano de *Cauca* a lo largo de la Edad del Hierro. De la unión de estas dos “podas” obligadas nació la idea de dedicar, pasado un tiempo, un trabajo extenso a dicho proceso, aportando los materiales

arqueológicos justificativos, aunque, lógicamente, sólo aquellos que tienen que ver con las exigencias del tema de estudio, de manera que, como se verá en las próximas páginas, únicamente consideraremos aquellos que se han recuperado en la base de las secuencias estratigráficas, en los estratos de la Edad del Hierro más profundos, que son los que marcan el inicio de la ocupación en cada punto concreto de *Cauca*. Esto último afecta exclusivamente a los materiales de excavación, pues los procedentes de obras de vaciado —y que en unas ocasiones los propios constructores nos han entregado pero en otras han sido recuperados entre las tierras depositadas en la escombrera municipal—, sobre los que no hemos tenido posibilidad alguna de controlar de qué estratos concretos han salido, nos vemos obligados a presentarlos y estudiarlos en conjunto para realizar su valoración cronológica, deslindando los más antiguos, que son los que nos aproximan al momento fundacional, de los de época avanzada y de los más modernos.

Como es sabido, el urbanismo de las ciudades vacceas aún lo conocemos de forma parcial y precaria, simples retazos en la mayoría de los casos, aunque es necesario decir que el de algunas se conoce mejor que el de otras. La información de la que disponemos en parte deriva de las excavaciones que desde hace casi medio siglo vienen siendo practicadas, pero también de las fotografías aéreas y, en menor medida, de las prospecciones geofísicas, si bien estos dos últimos métodos de obtención de datos sólo se han llevado a cabo en unos pocos núcleos que en la actualidad son tierras de labor, lógicamente, pero los resultados alcanzados requieren comprobación mediante la realización de sondeos manuales, ya que muchos de ellos se romanizaron y las tramas que nos muestran en superficie no tenemos plena garantía de que sean las de época vaccea. Sí la tenemos, por ejemplo, en aquellas ciudades que, como *Pallantia*/Palenzuela (Palencia) y Las Quintanas de Valoria la Buena (Valladolid), por ejemplo, se deshabitaron durante las guerras sertorianas, pero en otras, no.

Con independencia de la trama que en cada una se puede observar a través de la aplicación de los indicados métodos no destructivos del depósito arqueológico, y que no deja de ser más que una instantánea del momento de abandono de la ciudad, es decir, de sus últimas estructuras arquitectónicas, hay una cuestión de carácter urbanístico mucho más difícil de resolver porque exige de la excavación como única vía para obtener la información que se necesita, y ese problema es el del proceso de crecimiento que experimentaron desde su nacimiento como núcleos estables hasta época romana. Sólo a través de la práctica de un número significativo de excavaciones puntuales repartidas por todo el solar urbano se puede acometer un ensayo de estas características. Pero además de esto, y es de sentido común,

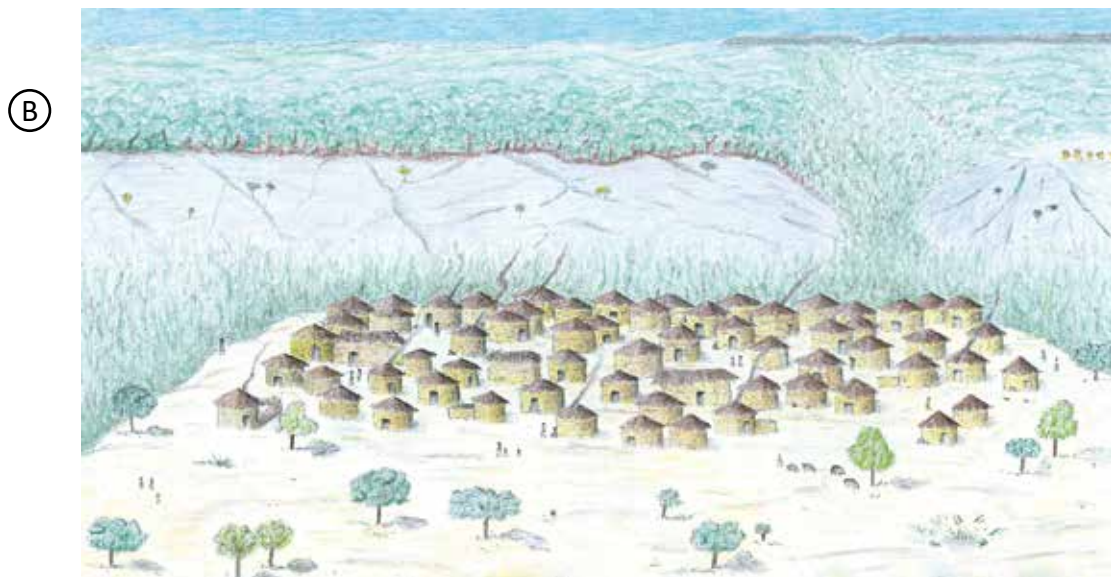
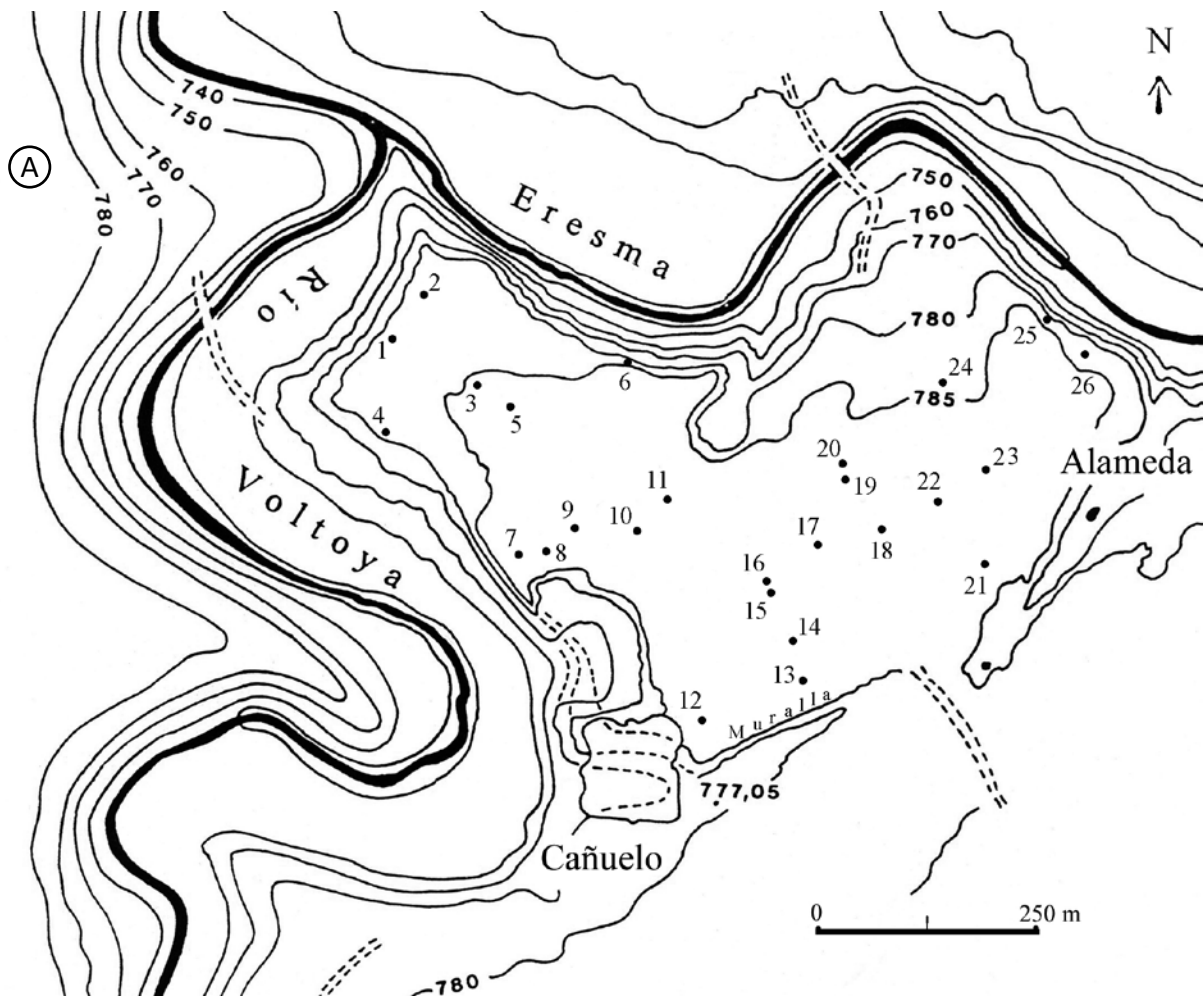


Fig. 1. A. Localización de las excavaciones, sondeos y puntos de mayor interés para el tema de estudio, en el mapa topográfico de Cauca. 1, Cementerio municipal; 2, excavación Coca 1999; 3, excavación de la Universidad de Valladolid en 1980; 4, cortado hacia el Voltoya; 5, zanja del Colector Municipal; 6, cortado hacia el río Eresma; 7, final de la calle Río Voltoya; 8, instalación alfarera vaccea (Tierra de Las Monedas, IV); 9, tierra de Las Monedas, I; 10, avda. de la Constitución, 18; 11, calle Azafranales, 5; 12, centro de Jubilados; 13, ampliación del I.E.S. *Cauca Romana*; 14, calle Doctor Apellániz, 7 c/v a calle Luis Galicia; 15, convento I; 16, convento II; 17, calle de Joaquina Ruiz, 18; 18, calle Falcón Ruiz (hoy, Plaza Mayor, 2); 19, calle General Sanjurjo, 7; 20, calle General Sanjurjo, 9 c/v a calle de San Nicolás; 21, avda. de José Antonio, 11; 22, calle Valdenebro, 28 c/v a calle de La Alameda; 23, calle de La Alameda, 19; 24, callejón de Palomares, 1; 25, cortado hacia el río Eresma tras el cuartel viejo de la Guardia Civil; 26, patio posterior del Centro Cultural Fonseca. B. Recreación hipotética del aspecto que pudo haber tenido Cauca en la fase de plenitud de la cultura del Soto de Medinilla (dibujo del autor).

resulta imprescindible en cada excavación agotar la secuencia estratigráfica, profundizando hasta el sustrato geológico, cosa que no siempre ocurre porque a veces, bien por falta de tiempo o de recursos materiales, la intervención ha de darse por concluida antes de lo previsto. Finalmente, hay un tercer requerimiento más difícil de cumplir y que en el supuesto de que se pudiera llevar a la práctica, no está exento de problemas. Nos referimos a la obtención de fechas absolutas para datar esos estratos iniciales de las secuencias registradas. Los problemas a los que aludimos no son únicamente de tipo económico, sino también intrínsecos a los propios métodos de obtención de las fechas –C¹⁴, TL y paleomagnetismo–, ya que para las cronologías en las que nos movemos, que abarcan sólo unas pocas centurias, el margen de error es demasiado amplio y, por ello, poco aceptable en una tarea en la que se requiere cierta precisión. Por otro lado, las fechas que necesitaríamos de los estratos fundacionales de cada excavación, para que fuesen fiables tendrían que formar parte de series que abarcasen el resto de niveles de ocupación vacceos, y esto, además de rayar en lo utópico, en casos como el nuestro de *Cauca* es ya impracticable, al manejar, como seguidamente veremos, datos nada menos que de veintiséis puntos con restos habitacionales, entre excavaciones y obras, muchas de ellas realizadas en los años ochenta y noventa del cada vez más lejano siglo XX. Esto nos conduce a utilizar los restos materiales, sobre todo la cerámica, como única guía para datar de forma aproximada cada estrato fundacional y siempre poniéndola en relación con la obtenida en los dos o tres estratos inmediatamente superiores, los que lo sellan, así como con materiales contextualizados de otros yacimientos (Cuéllar, *Pintia*/Las Ruedas, El Soto de Medinilla, Simancas, *Rauda*, etc.).

Hasta ahora, en el casco antiguo de Coca se sobrepasa con creces el medio centenar de excavaciones realizadas, aunque lamentablemente la publicación de los resultados obtenidos en muchas de ellas no parece que entrara en los planes de sus excavadores¹, con lo que para elaborar el presente trabajo contamos con la información de algo menos de veinte, a la que cabe añadir la obtenida durante la remoción del subsuelo, hasta el nivel geológico, en unos diez puntos –entre vaciados de sótanos y garajes, zanjas y pilares de cimentación– y los datos que se desprenden de la observación de los cortados que asoman a los cauces de los ríos Voltoya y Eresma.

Por tanto, para el tipo de estudio que aquí abordamos, *Cauca* tiene unas ventajas que en otras ciudades prerromanas, vacceas y no vacceas, son inexistentes. Gracias a que desde hace ya más de tres décadas tenemos identificado y prácticamente perimetrado el lugar en el que estuvo situada la aldea del Hierro I, en el extremo occidental del espigón labrado por los referidos ríos que hoy constituye el terrazgo urbano de Los Azafranales, su crecimiento

durante el Hierro II sólo se podía producir en dirección este y sureste, hacia donde el terreno enrasa con la llanura. Esta ventaja la podrían tener también otros poblados vacceos de características topográficas similares a *Cauca*, como por ejemplo *Sieteiglesias* (Matapozuelos, Valladolid) o *Viminatum* (Calzadilla de la Cueva, Palencia), en las que el crecimiento hubiera sido igualmente unidireccional o bidireccional, no radial, pero la *conditio sine qua non* para tratar de reconstruir el proceso de crecimiento es que la investigación tenga identificados y más o menos perimetrados sus núcleos originarios en el extremo de sus respectivos espigones para, a partir de ahí, poner en práctica un programa de sondeos estratigráficos dispersos por el área de expansión urbana.

Más arriba hemos señalado que son veintiséis los puntos del solar caucense que iremos desgranando. Y debemos aclarar que son los seleccionados para cumplir los objetivos que en este trabajo nos hemos propuesto cumplir, pues los lugares con restos vacceos estratificados son bastantes más (Blanco, 2018a: 249-250, fig. 6.2), pero por diversas razones hemos de dejarlos fuera. Bien sea porque los estratos inferiores de la secuencia están muy alterados debido a la existencia de alteraciones de épocas posteriores, lo cual nos generan desconfianza; porque el material recuperado es, además de exiguo, poco significativo desde el punto de vista de la adscripción cronológica y lo único que puede ocurrir es que nos conduzca a cometer errores; o porque en las excavaciones de algunos colegas que nos hubieran sido muy útiles para nuestros propósitos no se llegaron a agotar las secuencias estratigráficas, el caso es que preferimos trabajar sólo con secuencias que cumplen unos estándares de seguridad y fiabilidad aceptables.

Debido a que Coca es una de las poblaciones de Castilla y León que en sus orígenes formó parte de ese *primer paisaje de poblados estables del valle del Duero*, expresión que algunos investigadores gustan emplear para referirse a los primeros poblados soteños en los que se generaliza la arquitectura “en duro”, y que desde entonces hasta la actualidad ha estado permanentemente habitada, cada vez que se construye una vivienda de nueva planta en su casco antiguo la ley exige practicar la pertinente excavación arqueológica. Esta circunstancia es la que explica el hecho de que sea uno de los núcleos vacceos en los que más excavaciones y sondeos estratigráficos se han llevado a cabo, al igual que ocurre en *Rauda*, *Septimanca*, Montealegre, Cuéllar o *Pallantia*/Palencia, entre los más destacados, y a diferencia de otras importantes ciudades como Las Quintanas-*Pintia*, Las Quintanas-Valoria la Buena, La Ciudad de Paredes de Nava, *Pallantia*/Palenzuela o *Dessobriga*, que al situarse en terrenos de labranza raramente las intervenciones son de carácter urgente o preventivas y lo que en ellas principalmente se han desarrollado han sido excavaciones programadas.

Como se puede comprender, los lugares de *Cauca* en los que se han practicado tanto los sondeos como las excavaciones en extensión no han sido elegidos por necesidades de la investigación, sino a remolque de las obras de construcción, lo que significa que, como muestra la figura 1A, no se distribuyen de manera regular por su solar. Mientras en algunas zonas nunca se ha hecho una incursión en el subsuelo, en otras se produce cierta concentración, lo cual nos impide realizar una labor de detalle para todo el espacio urbano. Por otra parte, no todas las intervenciones tienen el mismo valor para cumplir los objetivos perseguidos, pues en algún caso, y debido a determinadas circunstancias como pueden ser las pequeñas dimensiones del sondeo, la escasez de materiales arqueológicos recuperados en el nivel de ocupación más profundo de la secuencia estratigráfica o su estado de cierta alteración motivado por remociones urbanísticas vacceas posteriores, nos obligan a manejar los datos con cautela. Al hilo de todo esto, es importante señalar, para que nadie se llame a engaño, que salvo en las denominadas catas A y D que en 1980 practicaron en pleno terrazgo urbano de Los Azafranales M.^º V. Romero Carnicero y J. R. López Rodríguez (Romero, Romero y Marcos, 1993), para ninguna otra excavación aquí considerada disponemos de fechas de C^{14} u obtenidas por cualquier otro método físico-químico, lo cual puede poner en cuestión los resultados obtenidos teniendo en cuenta que el objetivo del presente trabajo es eminentemente de carácter cronológico: marcar los jalones del proceso de crecimiento urbano de *Cauca* a través del estudio de los primeros estratos de ocupación registrados en diferentes puntos de su geografía, con el único método de analizar los materiales arqueológicos recuperados en esos estratos fundacionales en clave cronológica, y siendo la cerámica el elemento exclusivo que se maneja, ante la ausencia o nula utilidad de los objetos metálicos.

Los jalones del proceso

Son varias las decenas de excavaciones practicadas en *Coca* en las que se han documentado niveles de ocupación de época vaccea. Sin embargo, por las razones arriba aludidas, una parte significativa de ellas permanecen inéditas. Esto nos obliga a trabajar principalmente con las que nosotros mismos hemos llevado a cabo entre 1987 y 2014, lo cual no es poco, pero a las que debemos añadir las observaciones realizadas en algunas de esas intervenciones inéditas, tanto a sus materiales como a sus secuencias estratigráficas, en muchas ocasiones a propuesta de sus excavadores durante el desarrollo de los trabajos, algo que desde aquí agradezco (fig. 1A). Y lo mismo debo hacer, en justicia, con algunos constructores de *Coca* que siempre me permitieron echar una ojeada y

tomar fotografías de las estratigrafías que dejaban a cielo abierto en sus obras, en la confianza de que con ello estaban contribuyendo a escribir la historia de la localidad.

Nuestro punto de partida, que es el extremo occidental del terrazgo de Los Azafranales, solar en el que se levantó esa *Cauca* fundacional adscrita a la cultura arqueológica del Soto de Medinilla pero cuyo componente humano está indudablemente integrado por los ancestros de los vacceos del segundo Hierro (fig. 1B), constituye una de las zonas mejor conocidas a los efectos aquí considerados. Por ahora disponemos de cinco secuencias estratigráficas, y aunque existen diferencias entre ellas en cuanto a cómo han sido documentadas, pues dos se han obtenido en trabajos programados de excavación (fig. 2, B y C) y las otras tres durante remociones del terreno ajenas a la actividad arqueológica (fig. 3, A, D y E), en conjunto nos han permitido conocer las dimensiones aproximadas que tuvo la aldea soteña en su momento de mayor extensión, cómo en su flanco meridional parte de la misma ha quedado seccionada transversalmente por la erosión y cómo impera la continuidad poblacional en el paso del Hierro I al II. Vamos a ver, en síntesis, estos cinco puntos, con los materiales cerámicos asociados en cada uno de sus respectivos estratos.

Aprovechando la excavación manual de dos sepulturas en el cementerio municipal, en el año 1987, tuvimos la oportunidad de observar las secuencias estratigráficas existentes en este punto clave de Los Azafranales (fig. 1A, 1; fig. 2, A). Y no sólo eso, sino que, concluida la intervención, se nos concedió un tiempo para documentar con detalle dichas secuencias (Blanco, 2006a: 204, figs. 44-46; 2018a: 253-255, fig. 6.9) y tomar notas de los materiales que en cada estrato se podían ver, con el objetivo de realizar las pertinentes adscripciones cronológicas. De este modo, pudimos ver cómo sobre las arenas naturales se disponía un potente nivel de ocupación (el VII) formado por tierras negras y cenicientas con abundantes restos faunísticos y trozos de madera quemada, aunque no pudimos identificar restos de estructuras constructivas “en duro” (de adobe, tapial...) en posición primaria. Gracias a los numerosos fragmentos cerámicos que aparecieron pudimos vincular este nivel con la aldea soteña ya vislumbrada en el nivel V de la cata A de las excavaciones realizadas en 1980 por parte de la Universidad de Valladolid (Romero, Romero y Marcos, 1993: 230, 255-256 y fig. 2). Mayoritariamente se trataba de fragmentos cerámicos pertenecientes a recipientes de la denominada *fase plena* del mundo soteño (fig. 3, 1-19), si bien algunos podrían remontar a la *formativa*.

Sellando este nivel fundacional se disponía otro de inferior potencia (el VI) en el que, además de abundantes fragmentos de cerámica a mano típicamente soteños, hacían acto de presencia

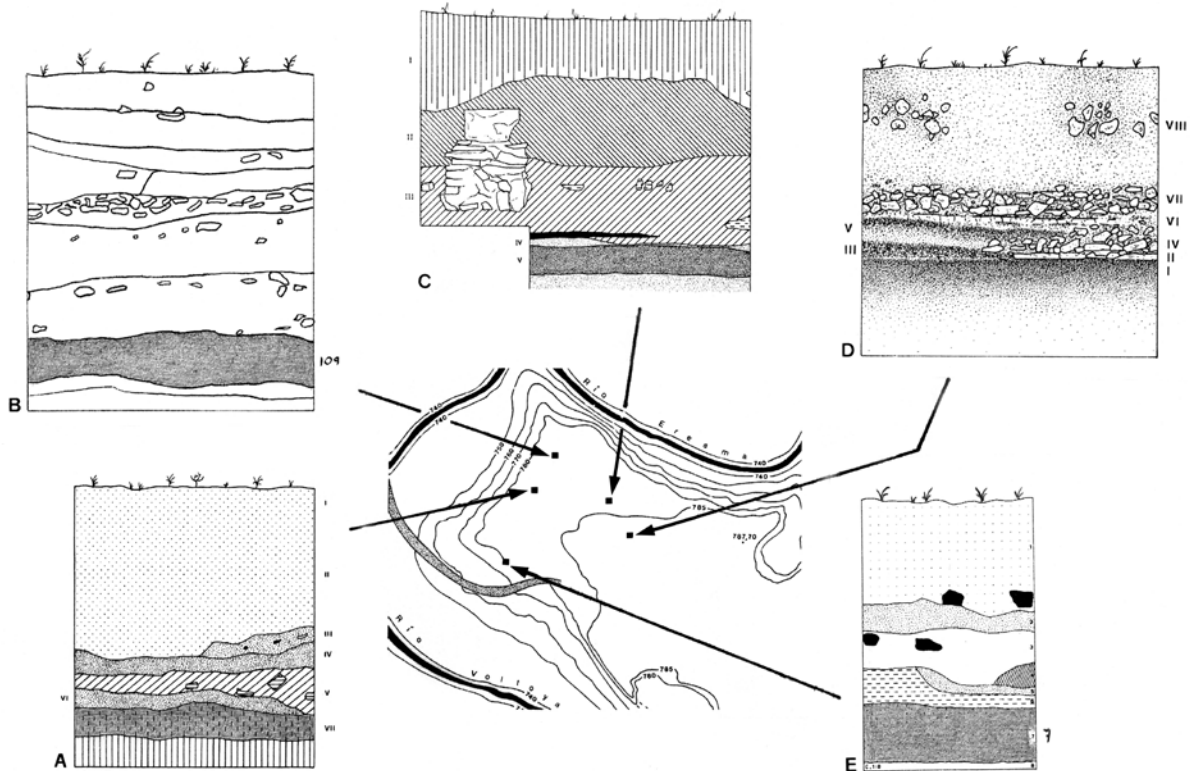


Fig. 2. Localización de las estratigrafías en las que se constata el nivel de ocupación de la aldea soteña de *Cauca*, en Los Azafranales. En el sentido de las agujas del reloj, son: el AVII, el B109, el CV, el DI y el E7 (dibujo del autor).

fragmentos de recipientes torneados, todos ellos de fabricación local (fig. 3, 20-21), generalmente sin decoración, si bien algunos de ellos sí portaban sencillas bandas de pintura roja o negra, semicírculos concéntricos igualmente pintados y poco más. Lo más destacado de estos vasos a torno era su gran homogeneidad tecnológica y cromática. En conjunto, parecían reflejar un ambiente alfarero de comienzos del siglo IV a. C., momento en el que se siguen fabricando con cierta abundancia especies manuales soteñas pero se ve cómo van incorporándose las torneadas. Lamentablemente, ni en este nivel ni en el anterior pudimos ver fragmentos ibéricos de importación, a torno y con pinturas rojas vinosas, bordes de tinajillas con uñada, etc., lo cual tampoco tiene nada de extraño al ser un espacio muy reducido el sondeado.

Sobre el VI, el nivel de ocupación V se mostró bastante más rico en materiales cerámicos, algunos decorados con peine inciso, uno de ellos con series de estampillas impresas similares a las “sigmas”, en vertical y horizontal, otro con decoración excisa en el cuello (fig. 3, 22-25), pero la mayor parte con frisos de motivos geométricos pintados, en unos casos con pintura roja y en otros negra, siendo corrientes también los bicromos en rojo y anaranjado (fig. 3, 26-36 y 39). A este repertorio cabe añadir algunos recipientes grises antiguos (fig. 3, 37-38). En conjunto, este nivel quinto muestra un ambiente material

característico de los siglos IV y III a. C., pero más no podemos precisar. Al hilo de las cerámicas bicromas, hay que decir que, a diferencia de otras ciudades vacceas, y como hemos señalado en anteriores ocasiones, en *Cauca* la bicromía, además de antigua, pues se remonta a los inicios del siglo IV a. C., es muy común a lo largo de toda la Segunda Edad del Hierro. En ciudades vacceas cercanas como Cuéllar o *Pintia*, la bicromía no sólo es más escasa, sino que hace su aparición en momentos más tardíos.

Una secuencia similar a esta, pero más completa y documentada en una extensión de terreno mayor, es la que registramos años después, en 1999, a unos 50 m al norte de las sepulturas referidas, en un espacio situado ya fuera del recinto cementerial de entonces, pues actualmente, tras la ampliación que del mismo se realizó en 2016, queda dentro (fig. 1A, 2). En esta ocasión, la practicada fue ya una excavación programada, en área, que afectó a 300 m². De nuevo, sobre las arenas naturales se extendía ese potente nivel de ocupación perteneciente a la aldea soteña (fig. 2, B, 109), muy abundante también en restos cerámicos y faunísticos, a los que se sumaban numerosos fragmentos de adobes pertenecientes a construcciones desmanteladas y algún tramo de muro de tapial de barro crudo (Blanco, Pérez y Reyes, 2012-2013: 76-77, fig. 32). La gran cantidad de cuencos de superficies cuidadosamente bruñidas y carenas vivas que se recuperaron nos permitieron

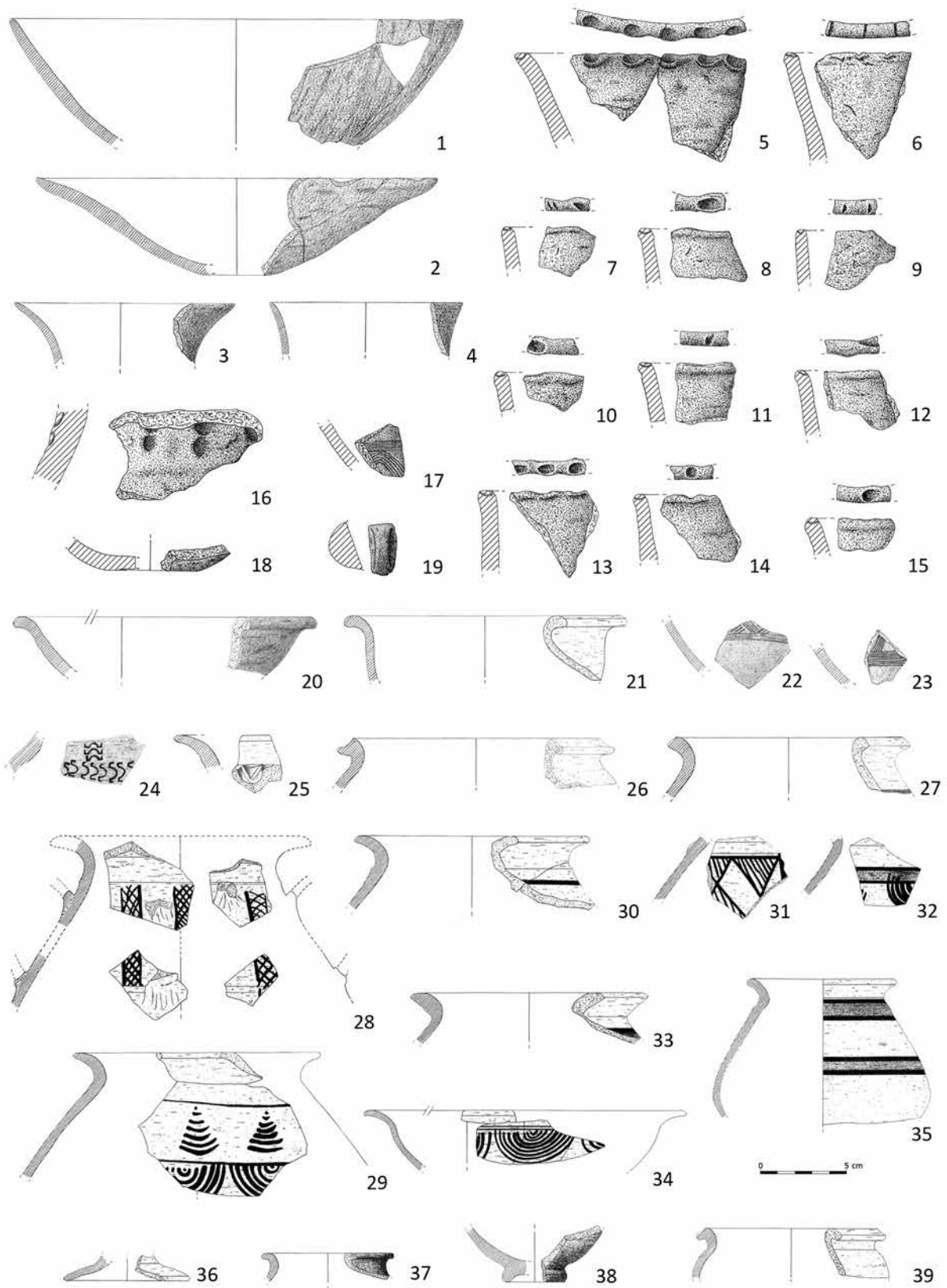


Fig. 3. Cementerio Municipal (Azafranales). Cerámica perteneciente a los niveles de ocupación VII, VI y V. 1-19, a mano, lisas y decoradas, del nivel VII (Primera Edad del Hierro); 20 y 21, a mano y a torno del nivel VI (inicios de la Segunda Edad del Hierro); 22-39, a mano y a torno del nivel V (siglos IV y III a. C.) (37 y 38, cerámica gris; 39, cerámica común) (dibujo del autor).

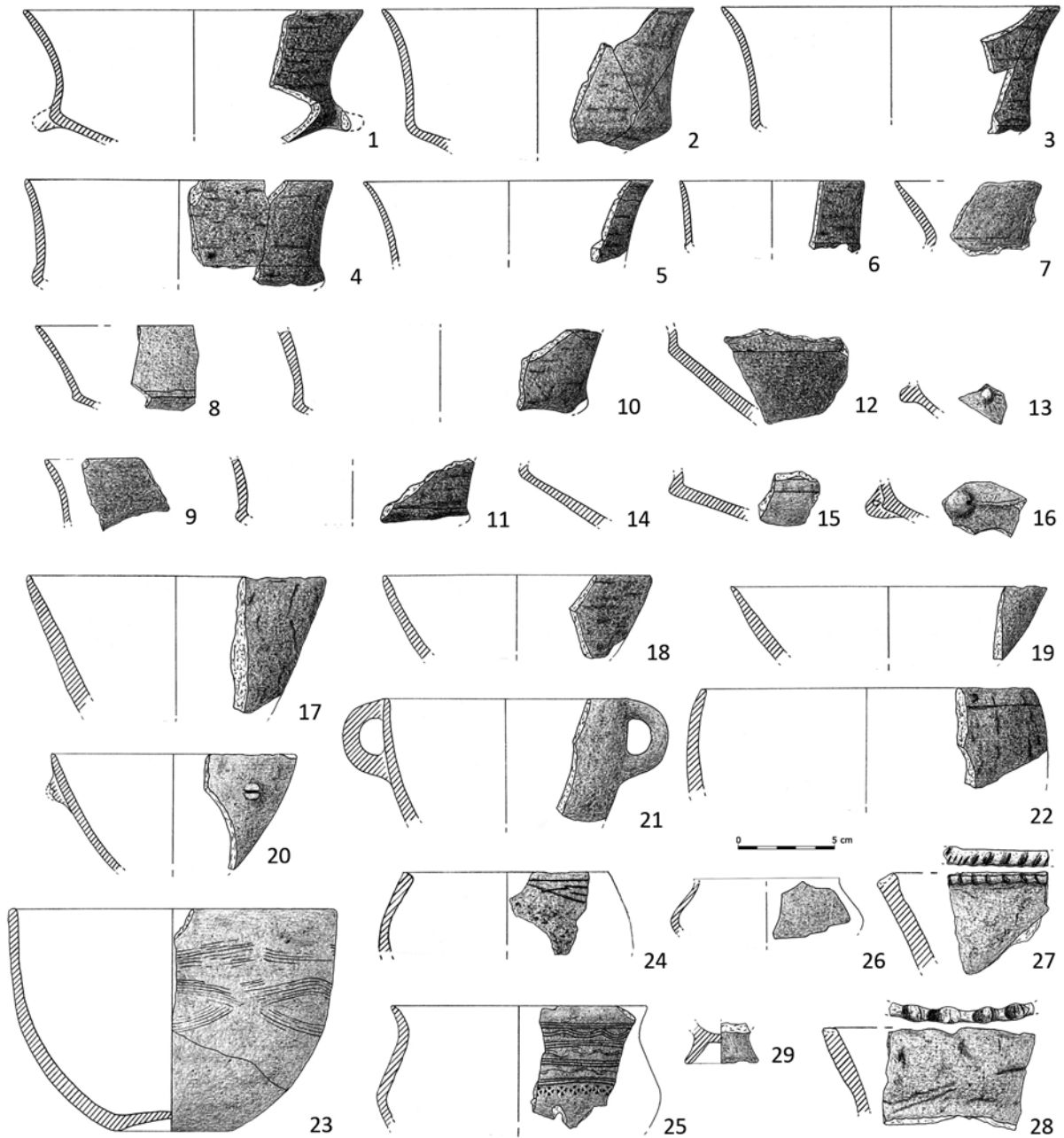


Fig. 4. Excavación "Coca 1999" (Azafranales). Cerámica perteneciente las UU.EE. 109, 130 y 179. 1-16, cuencos carenados lisos, de superficies bruñidas, fabricados a mano, de la UE 109 (soteña); 17-22, 24 y 26-29, vasos fabricados a mano, lisos y decorados, de la UE 109 (soteña); 23, cuenco decorado con peine inciso, de la UE 179; 25, ollita decorada con peine inciso y estampillas tetrapétalas, de la UE 130 (dibujo del autor).

mejorar la calidad de la información que hasta esos momentos teníamos sobre la *Cauca* soteña, pues parecían indicar que este núcleo poblacional surgió como tal en la denominada *fase formativa* de la cultura del Soto de Medinilla (fig. 4, 1-16). Aunque hoy día sabemos que estos cuencos se siguen fabricando en momentos posteriores, en la *fase de plenitud* de la referida cultura, es su gran abundancia lo que nos hace sospechar que esta primera población se remonta a fechas anteriores al 700/670 a. C., horquilla cronológica esta en la que de manera convencional

se hace comenzar una especie de fase de transición o momento intermedio entre el *Soto formativo* y el *Soto pleno*, según el sondeo efectuado en 1989-1990 en el propio poblado del Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 162 y 172).

De todas formas, el grueso de los fragmentos cerámicos recuperados en el referido nivel pertenecen a los siglos VII-V a. C. (fig. 4, 17-22, 24 y 26-29), que es el periodo en el que mayor extensión llegó a alcanzar *Cauca* soteña—unas 2,5 hectáreas, con una población estimada en torno a las 350 almas—, donde ya están presentes

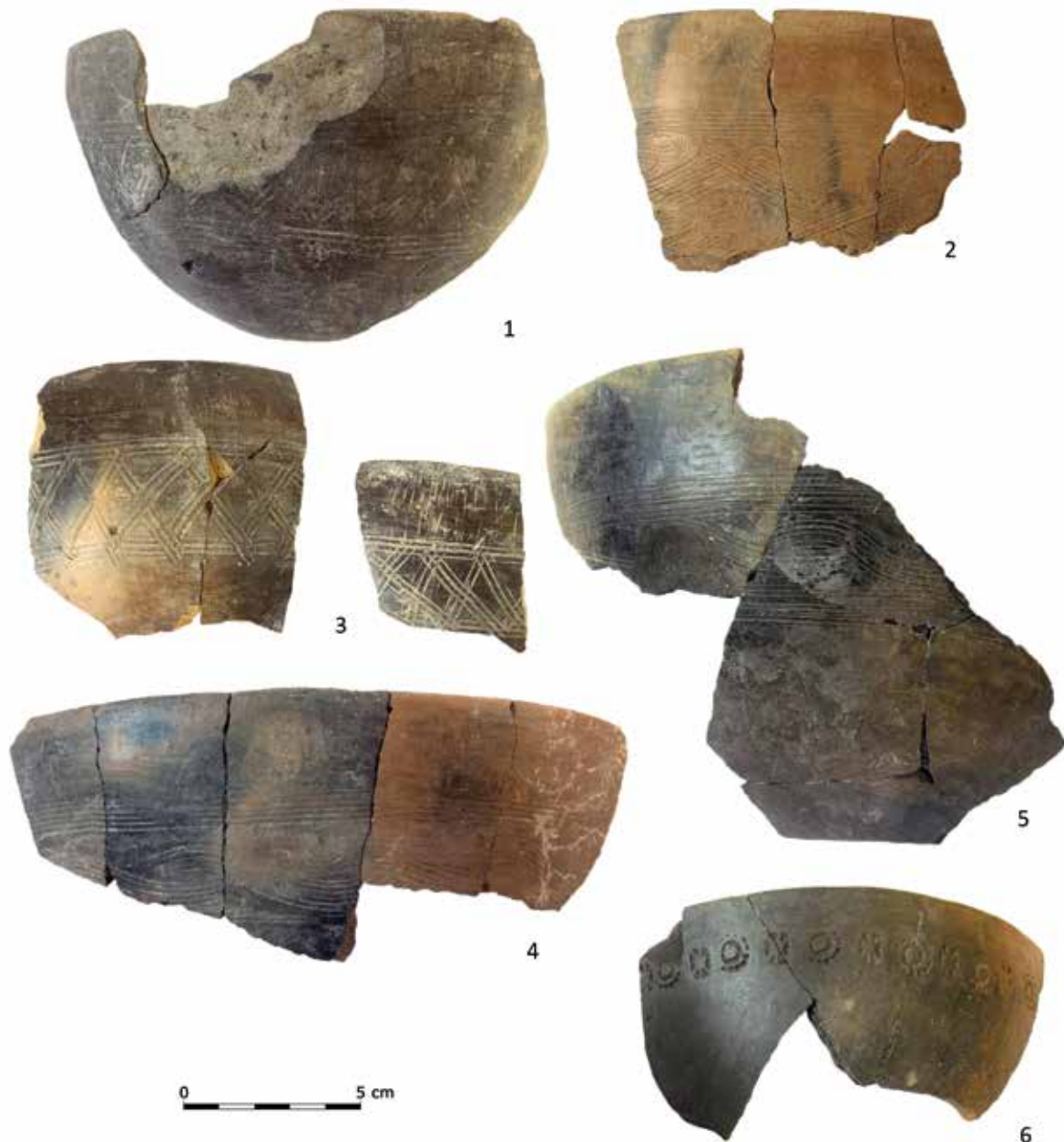


Fig. 5. Excavación "Coca 1999" (Azafranales). Cuencos de superficies bruñidas, fabricados a mano, recuperados en UU.EE. de finales del Hierro I e inicios del II. 1-5, con decoración de peine inciso; 6, con decoración impresa (fotografías de P. Arribas).

las cerámicas con decoración de peine inciso, un tipo de producción que a partir de ahora empezará a adquirir cierto peso porcentual en los equipos domésticos de los siglos IV y III a. C. (fig. 4, 23 y 25; fig. 5, 1-5), así como las decoraciones estampadas (fig. 5, 6).

En algunas zonas de la excavación de 1999 este nivel del primer Hierro había sido cortado horizontalmente en su techo para extender un suelo de arcilla cruda de unos 2/3 cm de espesor (Blanco, 2018a: 91, fig. 3.17), lo que significa que dicho nivel perdió su parte superior al allanarse el terreno para levantar las primeras construcciones de la Segunda Edad del Hierro. Construcciones que, considerando las cerámicas a torno que se les asociaban (fig. 6), se remontan al

siglo IV a. C., muy posiblemente a su primera mitad. Esto significa que tanto aquí como en las sepulturas del cementerio arriba explicadas la continuidad poblacional entre el Hierro I y el II es un hecho demostrado, algo que ya se pudo observar en la cata A practicada en 1980 por M. V. Romero y J. R. López en pleno centro de Los Azafranales (fig. 1A, 3).

En ella se registró una secuencia estratigráfica formada por cinco niveles (fig. 2, C). Sobre el nivel de ocupación V, perteneciente al Hierro I, en el que era abundante la cerámica soteña (Romero, Romero y Marcos, 1993: 232-234, fig. 5) (fig. 7, 1-2), se disponía una fina capa de arena intencionadamente extendida y sobre esta un potente nivel de ocupa-



Fig. 6. Excavación "Coca 1999" (Azafranales). Tinajillas vacceas a torno, de fabricación local, con decoración pintada, de comienzos del Hierro II (fotografías de P. Arribas).

ción (el III) en el que siguen siendo abundantes las cerámicas a mano pero dentro ya de un contexto general en el que imperan los recipientes torneados, tanto en barros poco decantados como en pastas finas y con decoración pintada (Romero, Romero y Marcos, 1993: 234-238, figs. 6-10) (fig. 7, 3-15), de las mismas características que los recuperados en el alfar vacceo que nosotros mismos excavamos en 1990 (Blanco, 1991, 1992 y 1998). Este mismo panorama presenta el conjunto cerámico recuperado en el nivel IIIb de la cata D (fig. 7, 16-26), por lo que parece ser contemporáneo. Considerando la existencia de cierto inmovilismo tecno-tipológico en las producciones cerámicas vacceas a torno a lo largo de los siglos IV y III a. C., el repertorio de recipientes recuperado en el referido alfar seguramente con muy pocas o ninguna variación sería el mismo que existiría desde la primera mitad del siglo IV a. C.

Aunque con menos información, esto mismo se repite en la zona central del cortado orientado hacia el sur del extremo occidental de Los Azafranales (fig. 1A, 4). A lo largo de la misma, y en general en todo este flanco, se puede observar cómo la erosión ha seccionado de manera tajante el terreno, dejando a cielo abierto la secuencia estratigráfica completa (fig. 2, E). Una secuencia que muestra cómo sobre las arenas naturales aflora ese nivel de ocupación de la *Cauca* primigenia que nos indica que hace 2600/2700 años el poblado se prolongaba en esa dirección. Desconocemos cuántos metros cuadrados del mismo se han perdido por este flanco, pero nos da la impresión de que han sido muchos, por dos razones. En primer lugar, por la considerable potencia que alcanza dicho nivel, claro indicio de que no estamos precisamente a sus afueras. Y en segundo lugar, por la topografía: lejos de ser descendente hacia el

cauce del Voltoya, es ascendente, lo que significa que durante el Hierro I la línea de cumbres —o el inicio del declive hacia el río— estuvo situado bastante más al sur de donde se encuentra en la actualidad. Tratar de concretar cuánto más al sur es absolutamente imposible de establecer. Las cerámicas que muestra el nivel de ocupación soteño en este punto de Los Azafranales corresponden mayoritariamente a la denominada *fase de plenitud*, entre las que se pueden ver algunas decoradas a peine, tanto inciso como impreso, si bien estas últimas puede que tengan que ver más con el estrato que lo sella que con este (fig. 8). Algunas de estas cerámicas muestran defectos de cocción, lo que confirma nuestras suposiciones de que siempre estamos ante producciones locales, algo que es de sentido común en este tiempo y lugar pero que si existen evidencias que lo demuestren, mejor.

El quinto y último punto del que hemos obtenido información relativa a *Cauca* soteña arqueológicamente lleva la denominación de zanja del Colector Municipal, por lo que más que de un punto realmente se trata de una ancha y profunda zanja que seccionó en forma de L el terrazgo de Los Azafranales arrancando literalmente más de 5000 m² de yacimiento en unas pocas semanas de finales de 1992 y principios de 1993 (Blanco, 2018a: 262, figs. 6.22 y 6.23) (fig. 1A, 5). La parte más occidental de la zanja, donde se sitúa el codo de la L, se quedó a unos pocos metros de distancia al este de las catas realizadas por M. V. Romero y J. R. López en 1980 a las que ya hemos hecho un par de referencias, y en esa zona pudimos realizar interesantes observaciones. En primer lugar, vimos cómo el nivel de ocupación soteño que en la cata A estos investigadores registraron con el n.º V seguía apareciendo aquí, si bien ya era algo

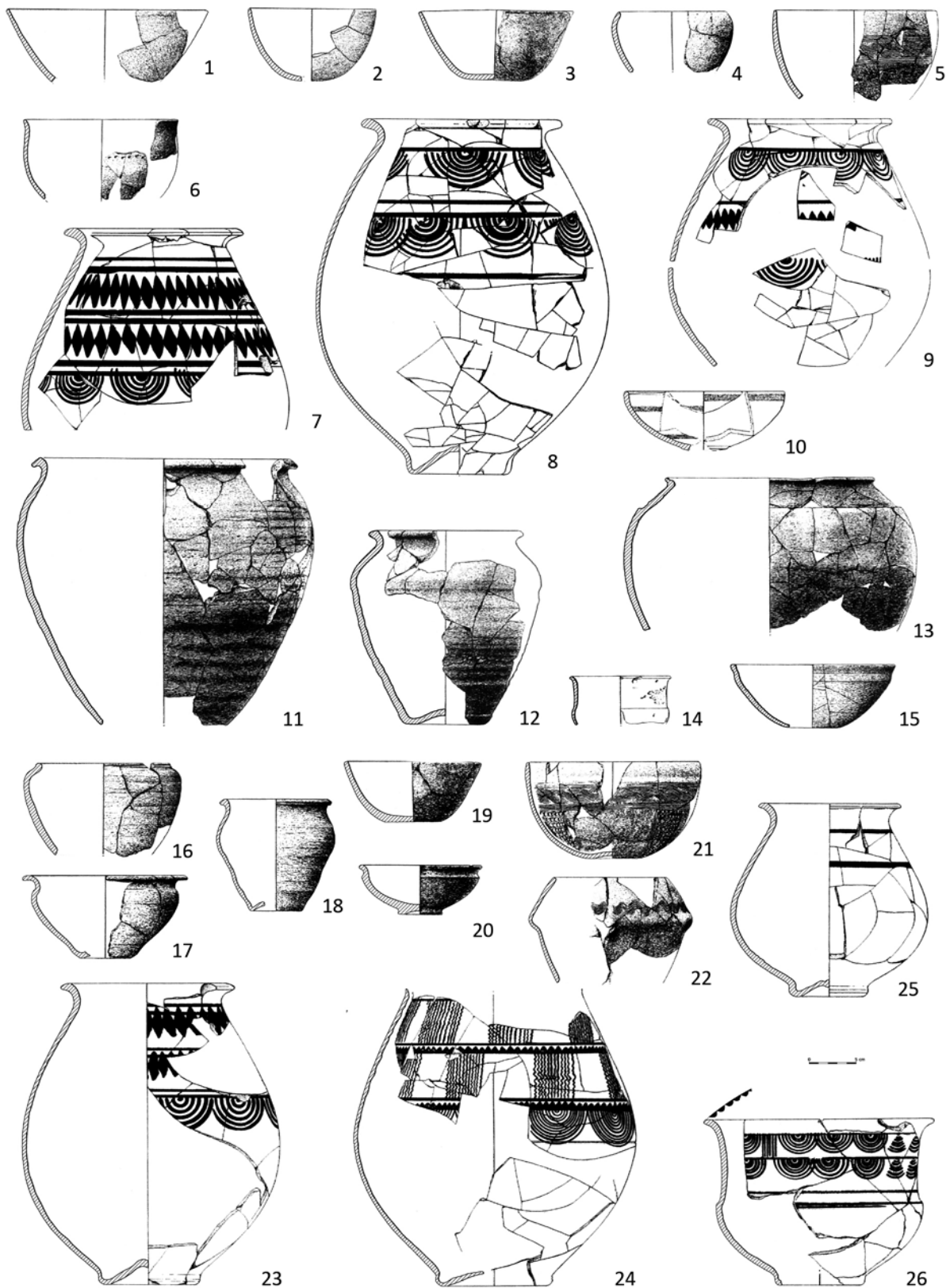


Fig. 7. Excavación de la Universidad de Valladolid en 1980. Cata A. 1 y 2, cerámica a mano del nivel V; 3-13 y 15, cerámica del nivel III (11-13 y 15, cerámica común); 14, vaso de cerámica gris. Cata D, nivel IIIb. 16-20, cerámica común a torno; 21-22, vasos con decoración de peine inciso; 23-26, vasos a torno, de cocción oxidante, con decoración pintada (Romero, Romero y Marcos, 1993).

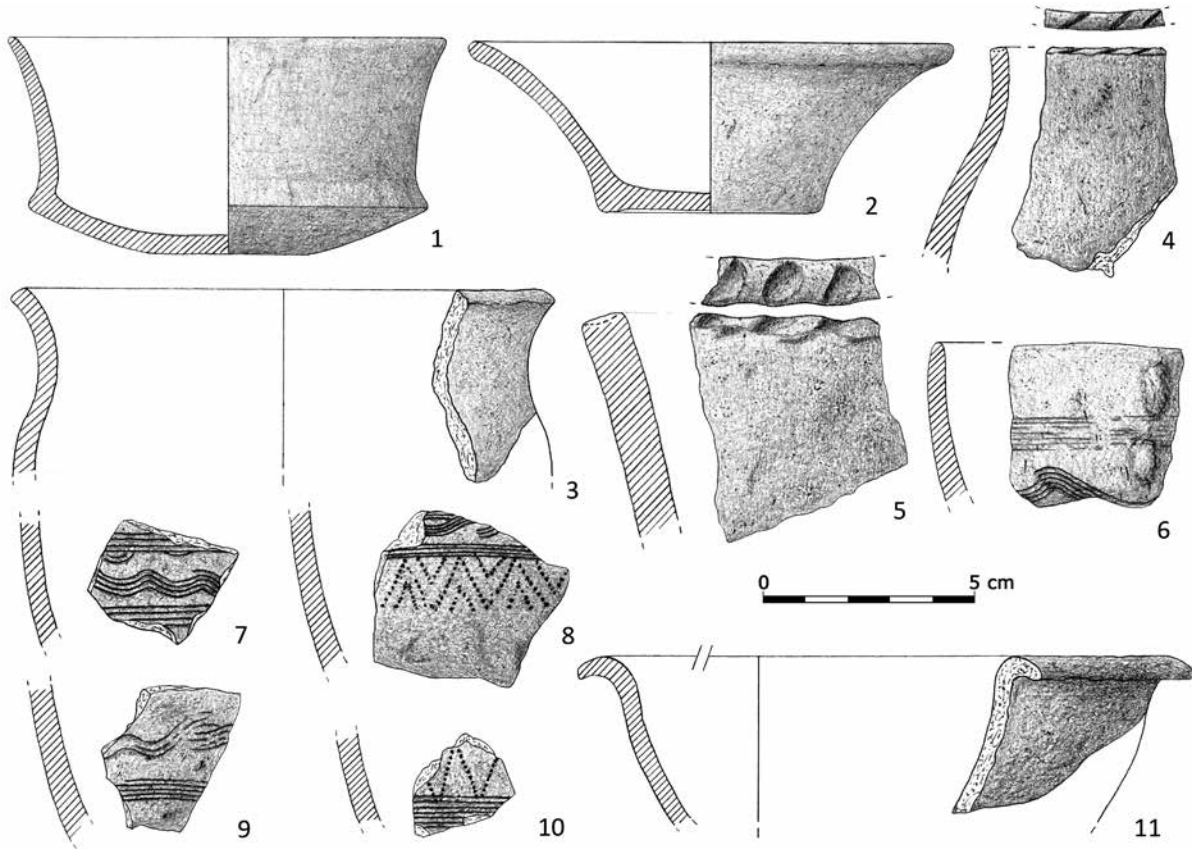


Fig. 8. Cortado sur del extremo occidental de Los Azafranales. Cerámica a mano del nivel soteño y de inicios del Hierro II (dibujo del autor).

menos consistente, más tenue, razón por la que interpretamos este punto como perteneciente a los límites orientales de la aldea soteña (fig. 2, D, nivel I). En segundo lugar, este nivel estaba cortado horizontalmente en su techo, con lo que podemos afirmar que, al igual que en la campaña de 1999, de nuevo aquí se ha perdido parte de la potencia original que tuvo, aunque no creemos que fueran muchos centímetros si hacemos una comparación con la potencia que poseía el exhumado en 1980. En tercer lugar, ese corte se explica por la necesidad que tuvieron los primeros constructores vacceos del Hierro II de conseguir una superficie nivelada y estable sobre la que levantar las más antiguas edificaciones de este Segundo Hierro, en el siglo IV a. C., presumiblemente viviendas. Finalmente, pudimos anotar el hecho de que al quedar destruida por un incendio esta primera construcción, se allanaron los escombros, se volvió a nivelar el terreno y se levantó una nueva edificación (fig. 2, D, niveles II y IV), que también sucumbió por causa de un incendio. Ni qué decir tiene que desconocemos por completo en qué momentos se produjeron estos dos incendios.

No obstante, aunque no disponemos de materiales estratificados que nos marquen los tiempos de la secuencia que acabamos de referir en este punto de Los Azafranales, como sería lo deseable para cumplir

los objetivos que aquí nos hemos fijado, ya que no se trataba de una intervención arqueológica controlada, sí conseguimos en aquellos meses documentar muchos de los que recogieron numerosos vecinos y escolares entre los restos de las construcciones destruidas por la pala excavadora, sobre todo cerámica. Esto nos obliga a presentar un amplio repertorio de los mismos, a fin de obtener una perspectiva general de las fases de ocupación que se constatan, para lo cual hemos hecho una ordenación cronológica aproximada siguiendo criterios tecnológicos, morfo-tipológicos y decorativos (figs. 9-10). Como se puede comprobar, en esta ordenación no hay fragmentos de cerámica soteña (carenados bruñidos, bordes y hombros con decoración impresa, etc.) pertenecientes al estrato basal –salvo que algunas de las especies peinadas lo fueran–, lo cual podría encontrar explicación en el hecho de que al ser cerámica burda, en comparación con la atractiva fina anaranjada pintada, nadie la recogió. A pesar de esto, gracias a lo que sí se recogió, podemos afirmar que en esta zona central de Los Azafranales sobre los restos de la aldea del Hierro I se disponen edificaciones más sólidas y mejor construidas durante el siglo IV a. C., incluso con suelos de losetas cocidas, con lo que la continuidad habitacional es un hecho indiscutible. El repertorio de cerámicas a mano con decoración de peine inciso muestra unas carac-

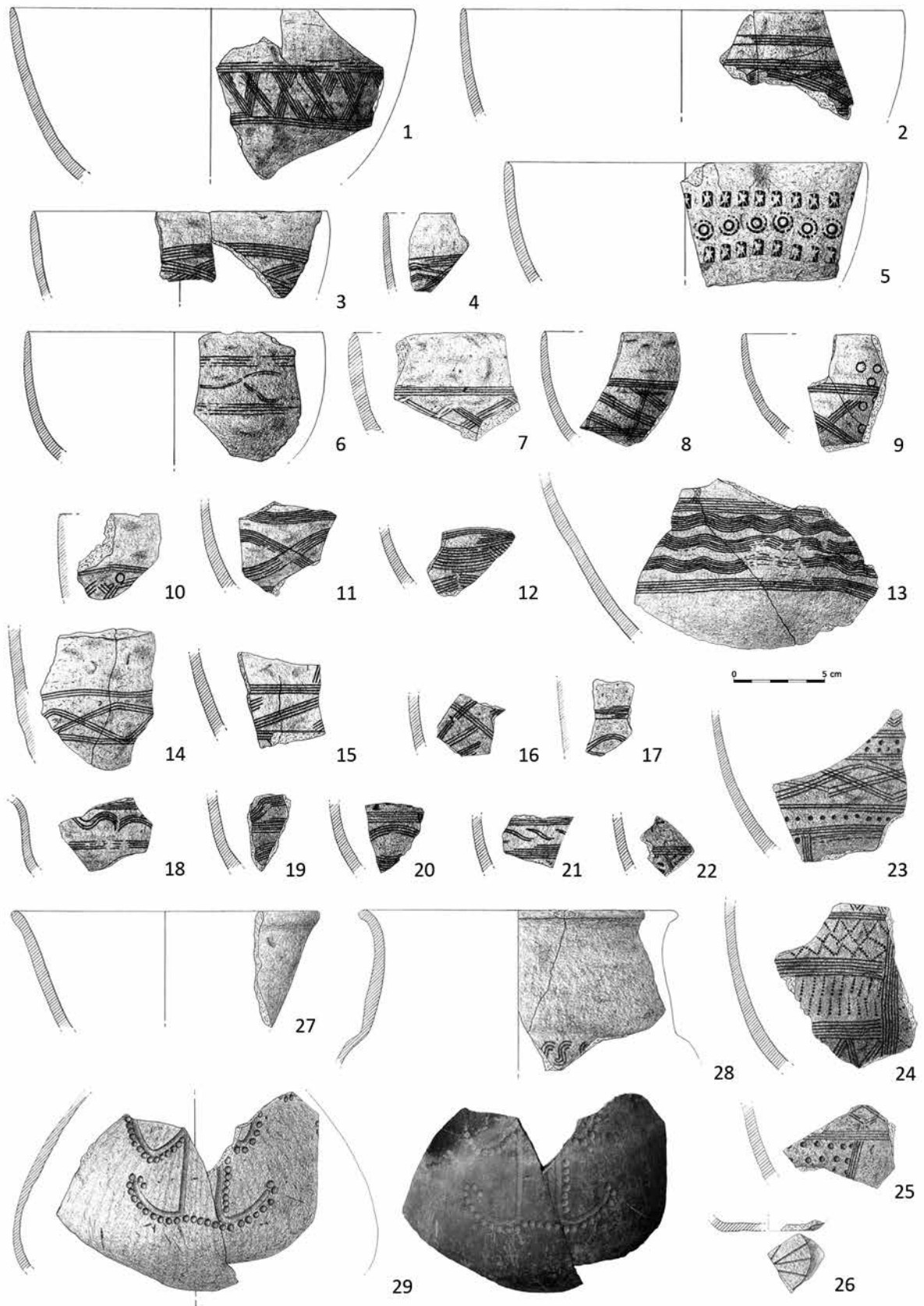


Fig. 9. Zanja del Colector Municipal. Fragmentos de vasos fabricados a mano, decorados con peine inciso, impreso, puntos y anillos impresos; excepto los vasos 5, 28 (ambos con decoración impresa) y 29 (con zoomorfo en perspectiva cenital), que están fabricados a torno (dibujo del autor).

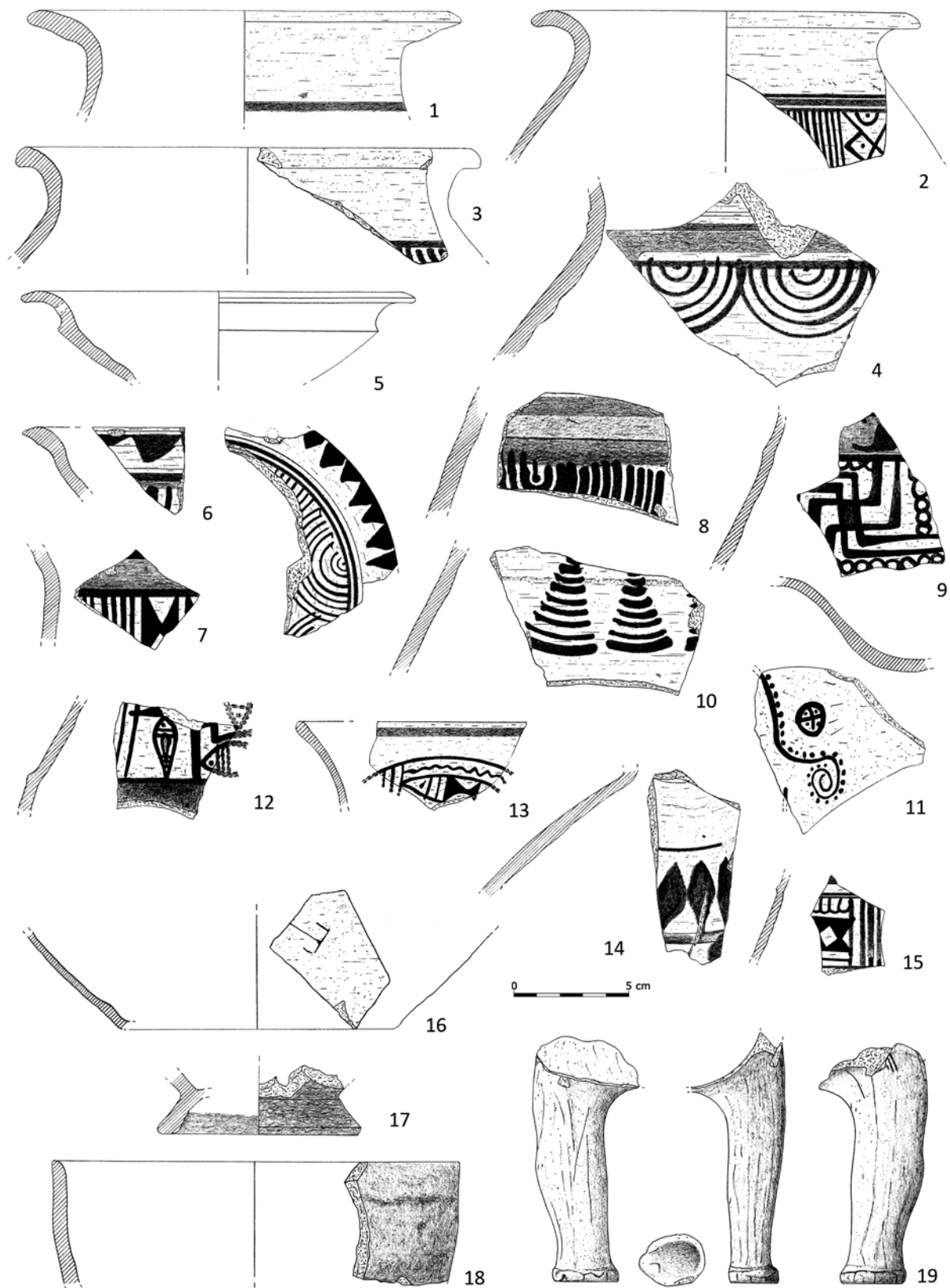


Fig. 10. Zanja del Colector Municipal. 1-8, 10, 14, 15 y 17, fragmentos de recipientes cerámicos a torno, en pastas anaranjadas, con decoración pintada, de los siglos IV y III a. C.; 9, 11-13, 16 y 18, fragmentos de recipientes cerámicos a torno, en pastas anaranjadas, lisos y con decoración pintada, de los siglos II y I a. C.; 19, pata de suido o de bóvido, pintada de negro, perteneciente a un recipiente zoomorfo (dibujo del autor).



Fig. 11. Zanja del Colector Municipal. Selección de fragmentos pertenecientes a recipientes cerámicos a torno, en pastas anaranjadas, con decoración pintada, de los siglos IV y III a. C. (fotografía del autor).

terísticas muy similares al obtenido en otros lugares vacceos cercanos, como La Mota o, con mayor fidelidad, el Poblado III de Cuéllar, cuyo desarrollo se centra en el siglo IV a. C. (Barrio, 1993: 195-201, fig. 13).

Estas primeras edificaciones del Hierro II no sólo apoyaron sus suelos y paredes sobre los restos más modernos del nivel vinculado con la aldea soteña, previamente aplanado, como hemos dicho, sino que son las responsables de la destrucción de su necrópolis, de la que únicamente se han recuperado hasta ahora tres sepulturas (Blanco, 2018a: 44-47, figs. 2.15 y 2.16). Desconocemos cuántas se conservan aún, en espacios en los que no se construyó ni durante el Hierro II ni en época romana, pero la cronología que sugiere el conjunto cerámico que conforma esas tres sepulturas, situada a finales del siglo VI a. C. o ya dentro del V, nos permite ponerla en relación con la de La Dehesa de Ayllón (Barrio, 2006). Observando a lo largo de los años los cortados que marcan el borde norte de Los Azafranales, que cada cierto tiempo se ven renovados por nuevos desprendimientos del terreno, no hemos visto hasta ahora indicios de que hasta ellos pudieran haberse extendido esa necrópolis. Lo que sí podemos afirmar con cierta seguridad, pues junto a esos cortados nunca se han realizado excavaciones comprobatorias, es que en algunos puntos (fig. 1A, 6) el primer nivel de ocupación se remonta hasta momentos indetermi-

nados del siglo IV a. C. y la ocupación se prolongó durante todo el Hierro II (fig. 12, 4-5) así como en época romana, pues se pueden ver muros con zócalo de pizarras y cuarcitas en posición primaria asociados a *tegulae* y cerámicas romanas. Al este del punto marcado con el número 6 de nuestra fig. 1A ya se extiende un potentísimo cenital que estuvo en uso no sólo durante el Hierro II, sino también en época romana (Blanco, 2018a: 76, figs. 3.6bis y 3.7). A juzgar por cómo ha quedado seccionado recientemente, debió de tener varios metros de espesor en su zona central y unas dimensiones considerables en planta, pues rellenaría un amplio espacio de vaguada hasta, al final, enrasar con la superficie que pisaron vacceos y romanos.

Vistos en síntesis estos cinco puntos de Los Azafranales, cabe decir que ese siglo IV a. C. parece haber sido en *Cauca* un periodo de gran crecimiento demográfico y expansión urbana, casi con seguridad vinculado con el desarrollo económico que experimenta la ciudad. No sólo se ocupa todo el terrazgo, que en aquellos momentos sería más extenso que en la actualidad, sino que llega a sobrepasarlo, aunque hemos de reconocer que nos faltan datos para saber si esta fue una ocupación sistemática y total del espacio o bien dentro quedaron zonas libres de caserío. Por lo que hasta ahora vamos viendo, parece estar más cerca de la realidad histórica esta segunda situación. De

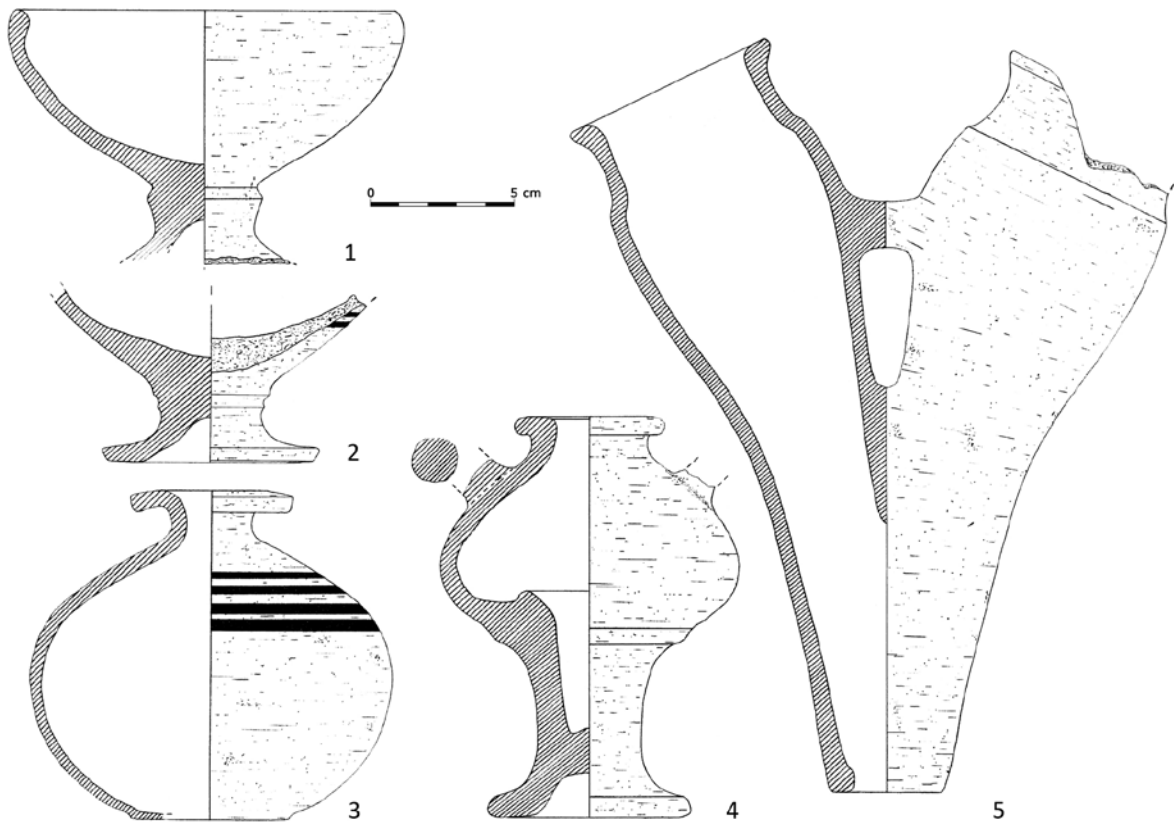


Fig. 12. 1-3, materiales cerámicos de la calle General Sanjurjo, 7 (actual calle Real, 7); 4 y 5, borde norte de Los Azafranales (dibujo del autor).

hecho, en la zona en la que se construyó la instalación alfarera de comienzos del siglo III a. C. (Blanco, 1991, 1992 y 1998), en esos momentos las construcciones domésticas se situaban a cierta distancia, aunque bien es cierto que este era un espacio marginal de la ciudad, situado muy cerca de la línea de cumbres a partir de la cual se inicia el descenso al cauce del río Voltoya y que, dicho sea de paso, sería por donde seguramente se desprenderían de los desechos de alfar, pues en sus inmediaciones no los hemos podido constatar, a pesar de las numerosas excavaciones realizadas.

Desde luego, la instalación alfarera –si es que verdaderamente lo fue, pues razonables dudas existen (Justo *et al.*, 2022: 18)–, debió de tener unas dimensiones mayores de las documentadas por nosotros en 1989-1990. Y es que diez años después, a finales de 1999, se practicó una excavación de urgencia a poco más de quince metros al oeste de la misma (fig. 13) y las cerámicas recuperadas entre los restos de maderas quemadas y muros de adobes muy afectados por el fuego eran un calco de los morfotipos y las decoraciones documentadas en el alfar, con lo que estamos en su misma cronología. A pesar de que esta excavación permanece inédita (ficha básica en Blanco, 2018a: 264, 27, fig. 6.27), cabe la posibilidad incluso, y no es nada descabellado pensarlo, que estos de 1999 fuesen los restos

de las viviendas y dependencias de los propios alfareros, pues no sólo se encuentran a la misma cota, sino que corresponden a un periodo corto de ocupación, la misma situación que pudimos advertir en el alfar. Estas construcciones, al situarse al oeste de los hornos, estuvieron a resguardo de los vientos de poniente, que aquí son los dominantes, y por tanto, en una situación de cierta seguridad ante la posibilidad de que un fuego accidental les afectase.

El repertorio de recipientes cerámicos recuperado entre las estructuras arquitectónicas del posible alfar, tanto las de la fase I como las de la fase II, es tan homogéneo que, como acabamos de indicar, su periodo de vida debió de ser muy corto, en torno al 300/275 a. C., un poco más antiguo que lo estimado inicialmente por nosotros mismos. Puesto que se trataba de una instalación para la producción semi-industrializada de recipientes cerámicos, tanto a mano como, sobre todo, a torno (fig. 14), eso significa que la demanda no sólo era importante, sino que iba en aumento, lo cual encaja perfectamente con ese proceso de crecimiento que estuvo experimentando *Cauca* a lo largo del siglo IV a. C. Quizá en este crecimiento se encuentre la razón por la que cuando quedó destruido por segunda vez no se volviera a reconstruir: hubiera sido un peligro permanente tener un alfar dentro del espacio urbanizado, aunque estuviera situado en su borde suroeste. Esto nos lleva a pensar que en algún



Fig. 13. Vista general de la excavación final de la calle Río Voltoya, con los restos de construcciones vacceas destruidas por un incendio (fotografía del autor).

otro lugar del extrarradio de la ciudad —o en las cercanías de los cauces fluviales, como sería más lógico— debió de existir otro alfar (u otros) que desde esas fechas continuara con la producción para abastecerla. A lo largo del Hierro II es indudable que *Cauca* debió de contar con varios alfares, sincrónicos y diacrónicos, pero este es un aspecto aún muy poco conocido.

Por aquellos años ochenta, a unas decenas de metros hacia oriente de este alfar, y definiendo un amplio arco, practicamos tres sondeos estratigráficos de 9 m² cada uno. Salvo en el denominado Tierra de las Monedas III, que en la base de la estratigrafía conservaba los restos de un silo subterráneo de adobes quizá del siglo IV a. C., en los otros dos los primeros niveles de ocupación, que son los que aquí nos interesan, se remontan a comienzos del siglo II a. C. o, como mucho, a finales del III a. C., cuando cabría esperar que en esta zona tuvieran cierta potencia los niveles del IV a. C. Ante esto, al menos tres explicaciones se pueden proponer: que en los siglos IV y III a. C. esa zona estuviera libre de construcciones; que las más antiguas que quedaban, muy desmanteladas, hayan destruido las precedentes; o que justamente en los puntos donde realizamos los sondeos, y por el azar que siempre está presente en la elección del lugar donde excavamos los arqueólogos, no hubiesen existido construcciones en los inicios del Hierro II.

En cualquier caso, nos ha parecido interesante aportar en este trabajo los materiales cerámicos de la secuencia estratigráfica que mejor refleja el problema

arqueológico de esta zona, que es la perteneciente al sondeo Tierra de las Monedas I, situado en la actualidad en el número 2 de la mal bautizada como calle Hornos Celtibéricos, cuando debiera ser Hornos Vacceos (fig. 1A, 9). Las dos terceras partes de la potencia estratigráfica registrada aquí pertenecen a la ciudad vaccea, concretamente los estratos XII al V, si bien los designados con los números IX a VI tuvieron poca significación desde el punto de vista de los materiales recuperados. Creemos en este caso que los estratos fundacionales habían sido destruidos por construcciones posteriores, lo que explicaría que las más antiguas cerámicas recuperadas en este punto, que son las del estrato XI, no vayan más allá de comienzos del siglo II a. C. (fig. 15). A diferencia de los morfo-tipos y los frisos pictóricos de los siglos IV y III a. C., en este estrato de en torno al 200 a. C. imperan las copas y cuencos hemisféricos así como los de tipo bol, escasas son las tinajillas, las series de semicírculos concéntricos se suelen pintar con compases de pocos pinceles, aunque aún siguen apareciendo alguna que otra serie con entre seis y nueve pinceles, característica de momentos antiguos.

A la primera mitad del II a. C., *grosso modo*, corresponderían las cerámicas del estrato X (fig. 16), en el que aparecen algunos fragmentos de cerámica a mano aunque con carácter residual (fig. 16, 1), y tras varios estratos de relleno o de escasa significación, en el V constatamos la presencia de las grises bruñidas de imitación argétea (fig. 17, 24-26), una producción vaccea

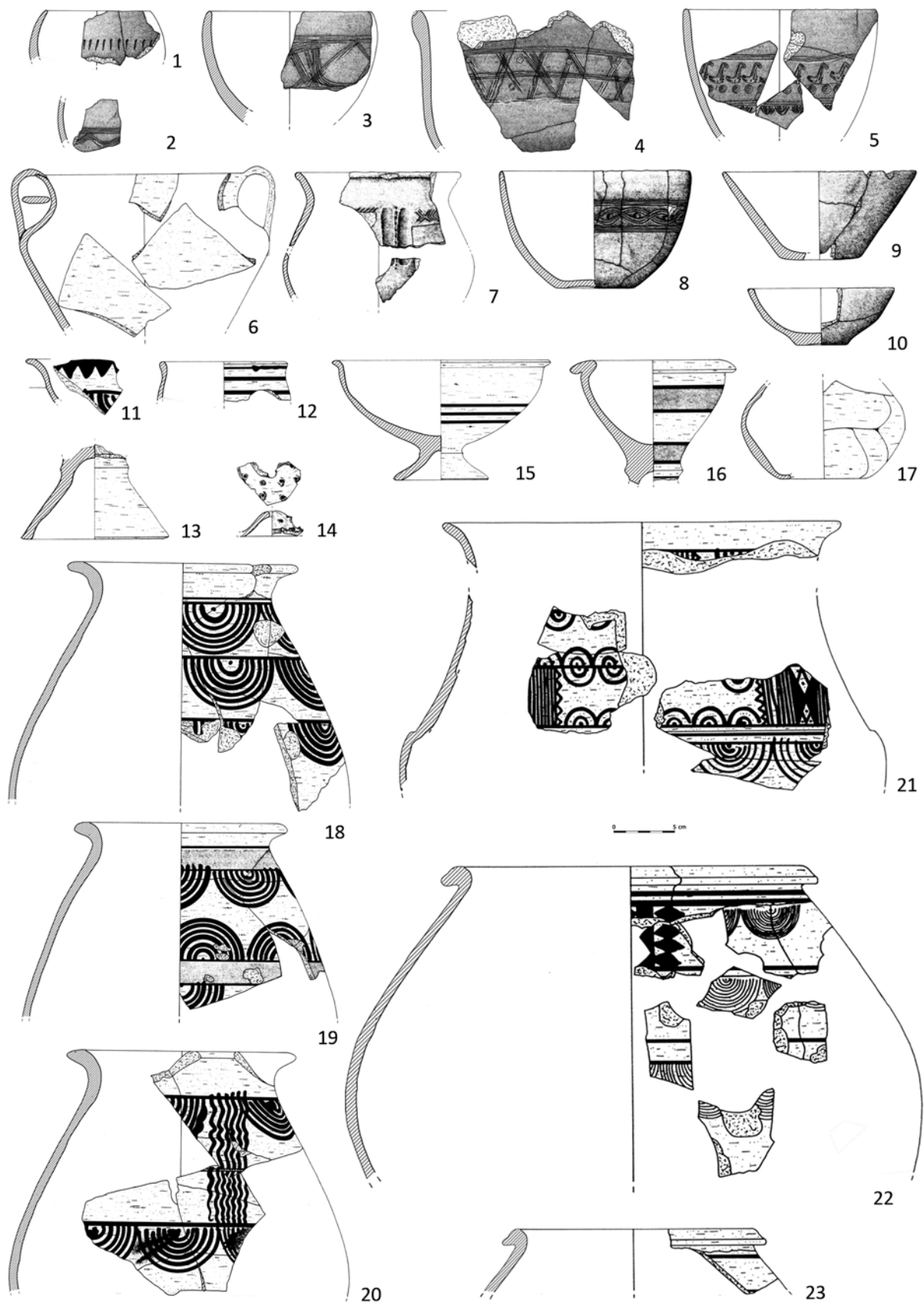


Fig. 14. Alfara vacceo de principios del siglo III a. C. 1-5, 7 y 8, recipientes a mano con decoración de peine inciso, impresiones sencillas, estampillas impresas y acanaladuras; 9 y 10 cuencos a mano, lisos; 6 y 11-23, recipientes a torno, de diversa tipología, lisos y con decoración pintada; el 14 es un vaso colador (dibujo del autor).

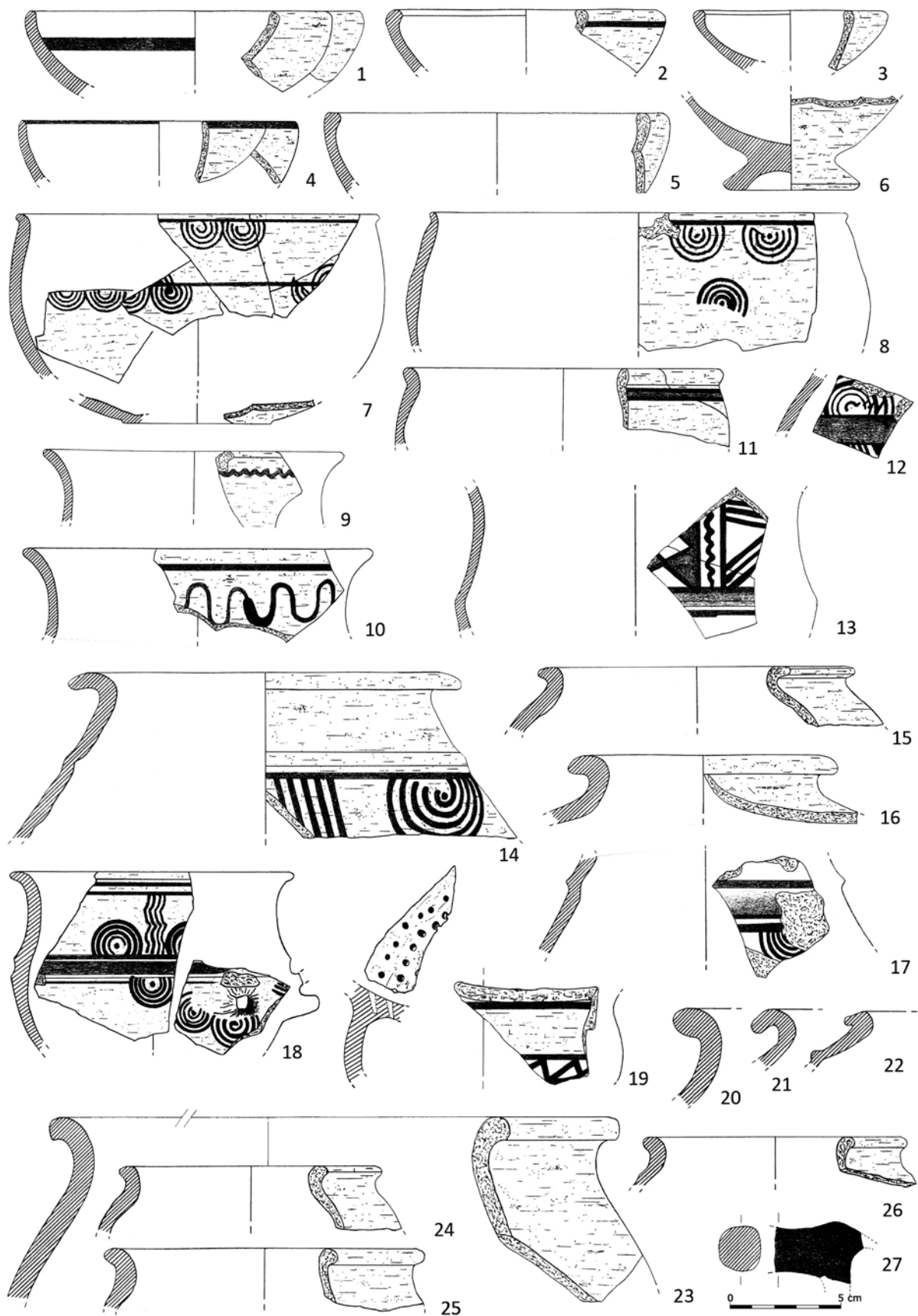


Fig. 15. Tierra de las Monedas I, estrato XI. 1-14, 17 y 18, cerámica vaccea de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología; 19, vaso colador decorado con pintura; 15, 16 y 20-26, cerámica común; 27, fragmento de caballito de barro (dibujo del autor).

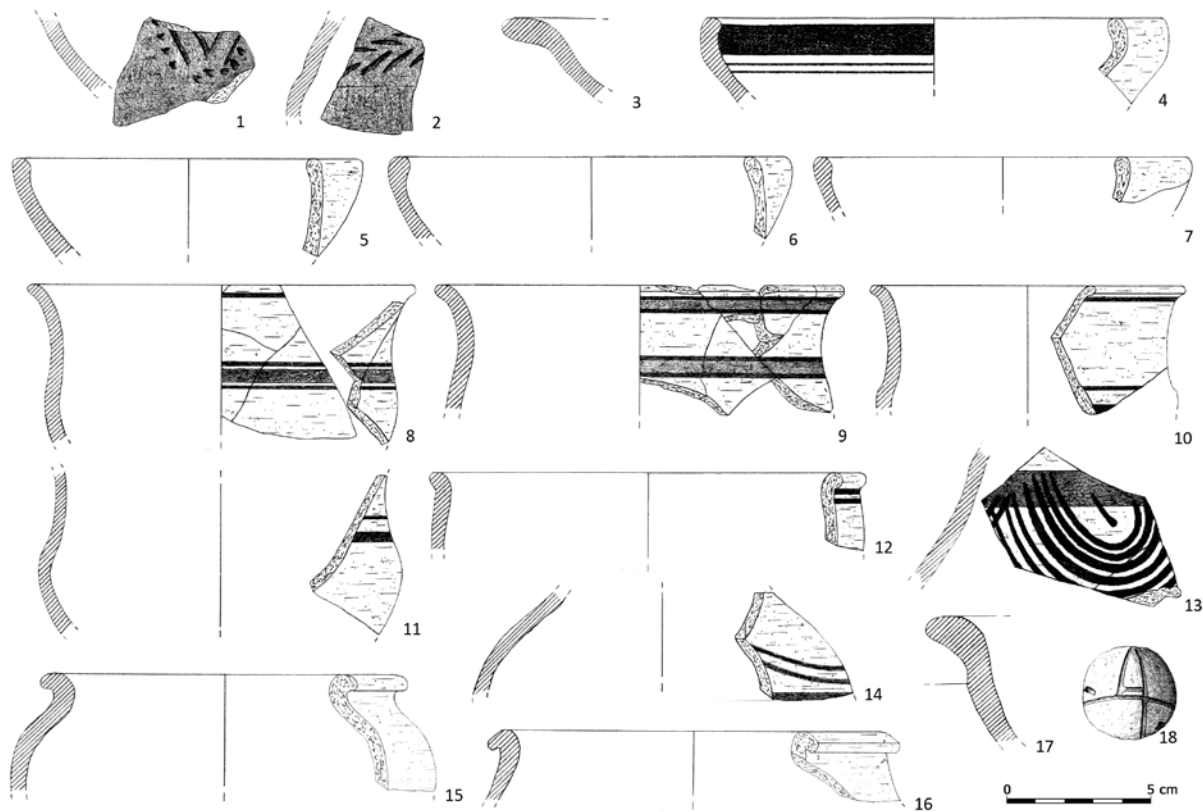


Fig. 16. Tierra de las Monedas I, estrato X. 1, cerámica a mano decorada con acanaladuras e impresiones de punta de espátula; 2, cerámica gris a torno decorada con impresiones; 3-14, cerámica vaccea de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología; 15-17, cerámica común; 18, canica con decoración acanalada (dibujo del autor).

que estuvo muy de moda en el último tercio del siglo II a. C. y el primero del I a. C., pero que se siguió usando a lo largo de este último siglo (Blanco, 2001). En definitiva, la tardía ocupación de esta pequeña zona en la que se ubica la excavación Tierra de las Monedas I constituye, a nuestro entender, una anomalía porque por otros indicios, en los que no cabe aquí entrar para no alargar más aún el trabajo, sabemos que, en general, estuvo ocupada ya en el siglo IV a. C.

Y esta misma anomalía la volvemos a encontrar en otro punto cercano a este, en la avenida de la Constitución n.º 18 (fig. 1A, 10), pues el nivel fundacional vacceo no va más allá del siglo II a. C. (Blanco, 1993; 2018a: 255, 10, figs. 6.11 y 6.12), cuando a tan sólo unas decenas de metros, en calle Azafranales n.º 5, remonta hasta el IV a. C. (Blanco, 2021). Las cerámicas del estrato fundacional de Constitución n.º 18 (el XVIII), sin ser muy abundantes, sí tienen unas características formales y decorativas propias de las décadas centrales del siglo II a. C. (fig. 18), sin presencia de las grises bruñidas de imitación argénteá, que sí aparecen en el estrato que lo cubría, el XVI (Blanco, 1993: 164, fig. 7, 9-11). En resumen, en este punto de avenida de la Constitución bajo los restos constructivos y niveles de ocupación más antiguos no parece que hubiesen existido otros anteriores, pues en el tránsito hacia las arenas estériles no se apreciaban revueltos o remociones del terreno como

en otros lugares, sino un estrato, el XIX, de eliminación mediante fuego de la vegetación natural antes de empezar a construir. En los siglos IV y III a. C., por tanto, en este lugar concreto no hubo construcciones, si bien al ser el nuestro un sondeo de tan sólo 9 m², desconocemos qué dimensiones pudo haber tenido este espacio urbano libre de casas. Quizá a unos pocos metros ya existían, pero lo que es seguro es que a unos 50 m al norte de aquí, en el n.º 5 de la calle Azafranales (fig. 1A, 11), durante el siglo IV a. C. ya se empezó a construir (Blanco, 2021).

De nuevo, en este punto la intervención practicada se limitó a un espacio reducido, de 9 m², pero los resultados obtenidos fueron de gran interés para marcar los jalones del crecimiento urbano de *Cauca*. A este respecto, la ventaja de esta excavación es doble, pues, por una parte, se trata de una secuencia amplia, que abarca desde la segunda mitad del siglo IV a. C. hasta la transformación de *Cauca* vaccea en *Cauca* romana; y por otra, los estratos vacceos se encuentran dispuestos muy horizontalmente (Blanco, 2018a: 257, 13, fig. 6.13), sin alteraciones ni remociones de épocas posteriores, lo que da seguridad y fiabilidad al menos desde el punto de vista de la cronología relativa.

Una vez más en *Cauca*, aquí tenemos de nuevo constatada la realización de quemados de la vegetación natural antes de empezar a construir, pues pudimos

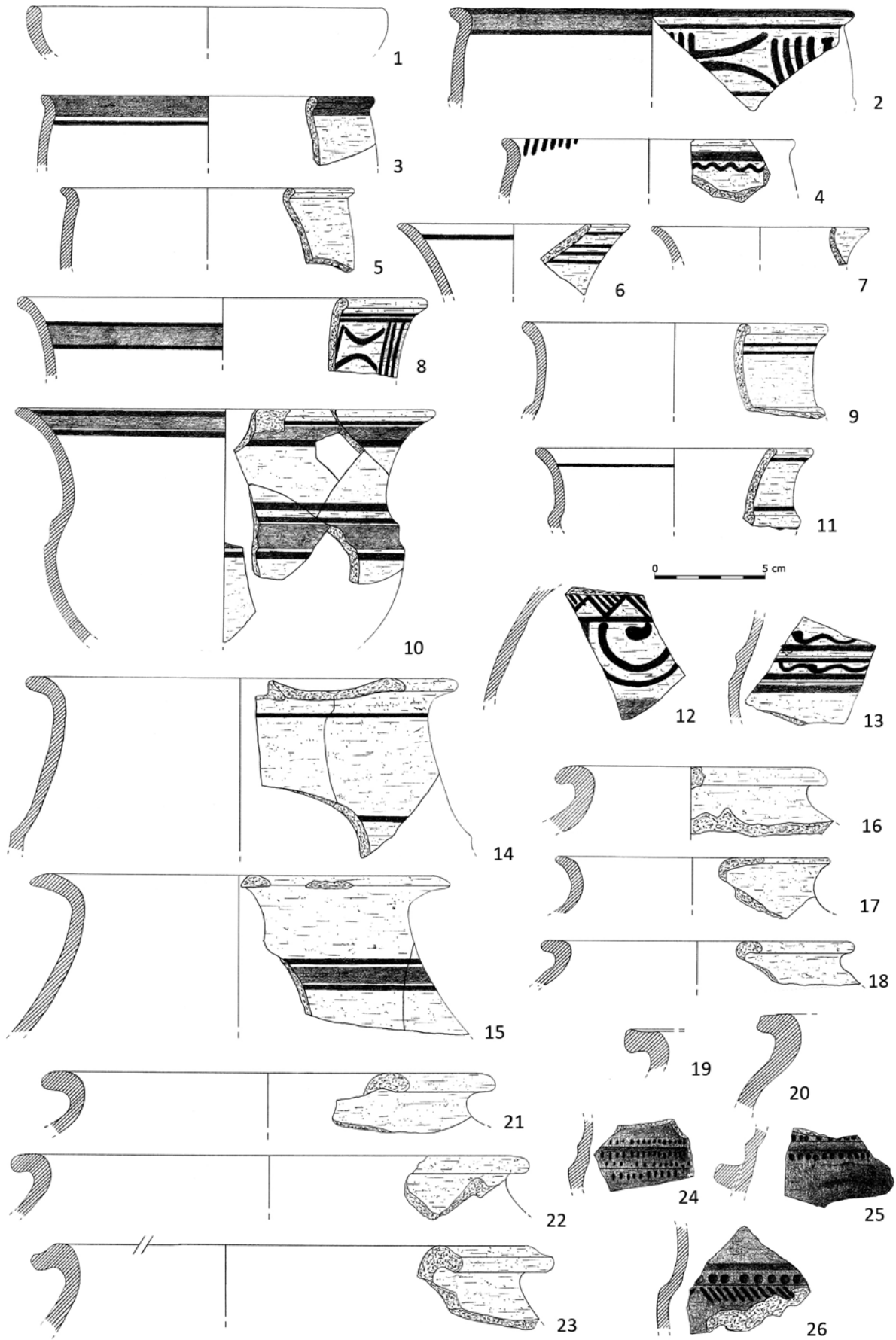


Fig. 17. Tierra de las Monedas I, estrato V. 1-16, cerámica vacca de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología; 17-23, cerámica común; 24-26, cerámica gris bruñida de imitación argéntea (dibujo del autor).

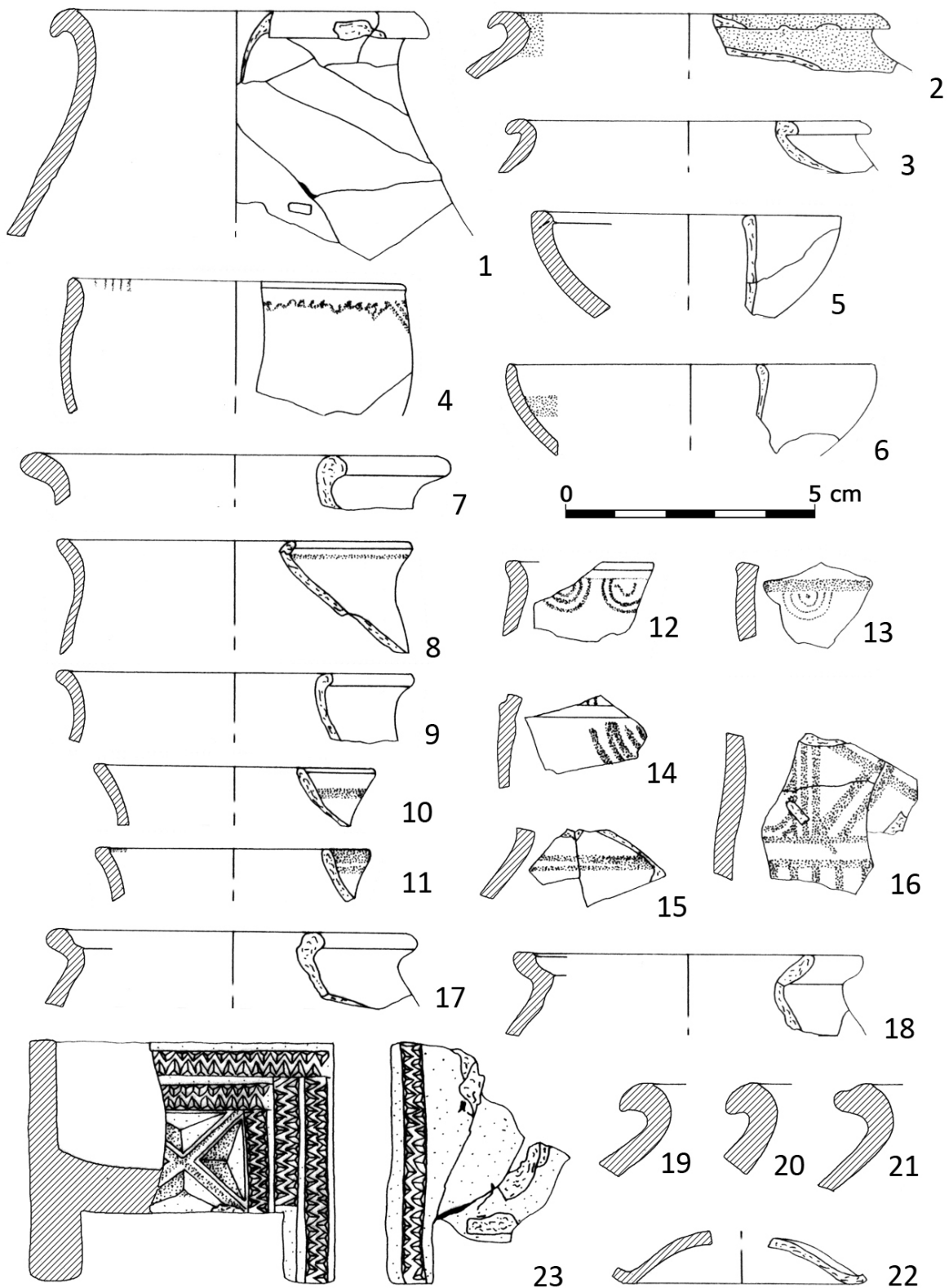


Fig. 18. Avda. de la Constitución, 18. Cerámica vaccea recuperada en el estrato XVIII, el fundacional (dibujo del autor).

documentar varios pies de encina quemados a ras del suelo que pisaron los primeros constructores vacceos del Hierro II (Blanco, 2018a: 116, fig. 3.47). Al margen de varios fragmentos de cerámica a mano que fueron recuperados en el estrato XXIX, pertenecientes al Hie-

rro I, y que no estaban asociados a estructura constructiva alguna de aquella época, sino en relación con la aldea soteña (fig. 19, 2-3), las cerámicas que nos indican que este punto estuvo ocupado por población estable ya en el siglo IV a. C., seguramente des-

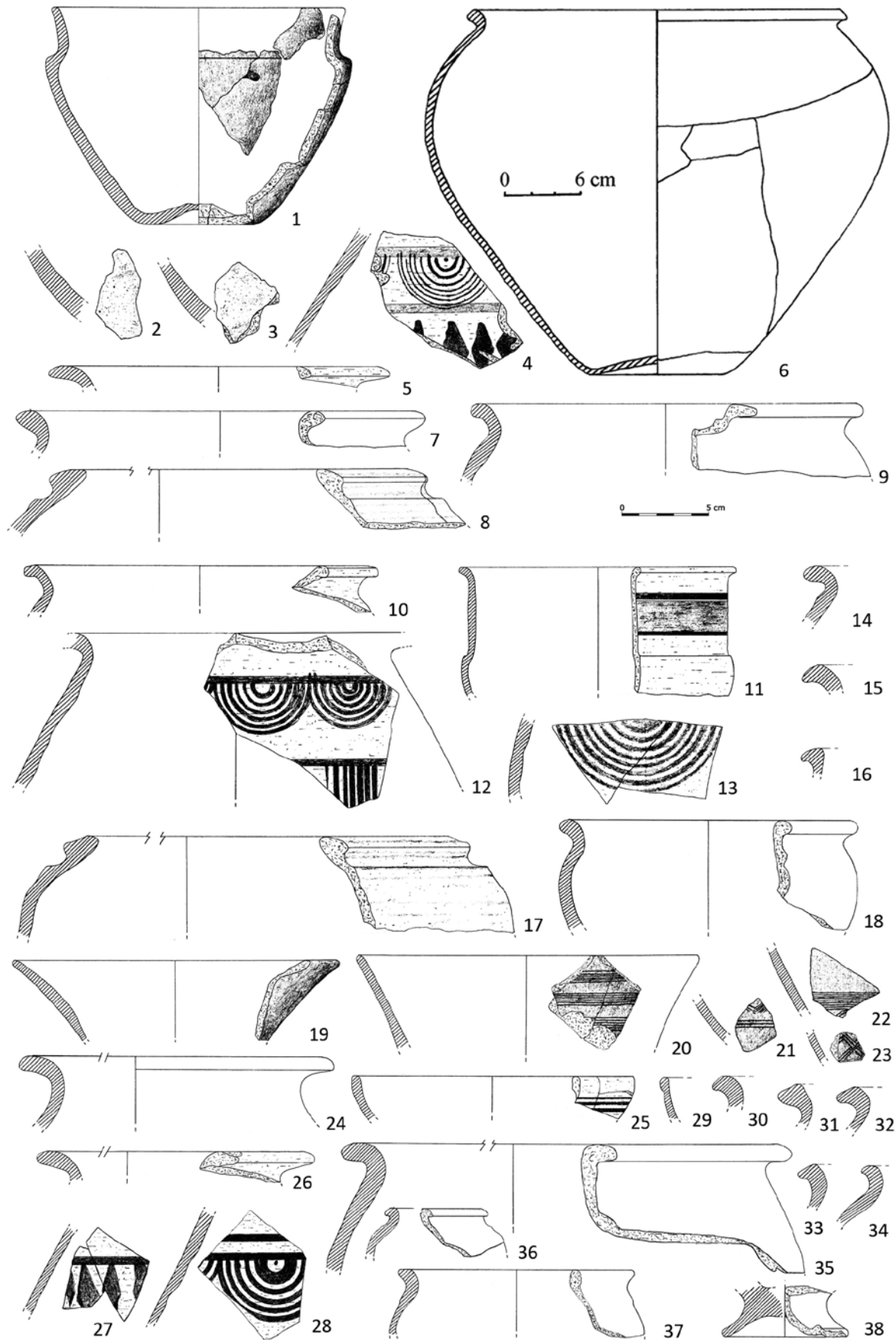


Fig. 19. Calle Azafranales, 5. 2 y 3, fragmentos de cerámica a mano del estrato XXIX; 1 y 4-9, cerámica vaccea a torno del estrato XXVIII (los n.ºs 4 y 7-9 es cerámica común); 10-18, cerámica vaccea a torno lisa y con decoración pintada del estrato XXVII (los n.ºs 14-18 es cerámica común); 19-38, cerámica a mano (19-23) y a torno (24-38) del estrato XXVI (los n.ºs 30-38 es cerámica común) (dibujo del autor).

de mediados, se recuperaron formando una bolsada (estrato XXVIII, que rompía el XXIX), quizá un antiguo silo en desuso que había sido rellenado de materiales amortizados (fig. 19, 1 y 4-9). Un conjunto cuya antigüedad dentro de la Segunda Edad del Hierro viene marcada por la presencia de numerosos fragmentos de cerámica a mano pertenecientes en su mayoría a vasos de pequeñas dimensiones, de superficies bruñidas y algunos de ellos con decoración de peine inciso; por la presencia de un recipiente fabricado a torno lento o torneta cuya forma destila un profundo arcaísmo (fig. 19, 1), ya que no sólo conserva reminiscencias de las producciones soteñas de los siglos VI y V a. C., sino que sus raíces remontan aún más en el tiempo, a momentos avanzados del Bronce Final y la transición a la Primera Edad del Hierro; y por las características morfológicas y decorativas tanto de las cerámicas torneadas de mesa como de las comunes. Entre estas últimas, un borde poco corriente presenta la olla que recogemos en fig. 19, 8, al presentar una profunda acanaladura bajo el borde externo cuya función es la de permitir mediante una cuerda la sujeción de la pieza de cuero o textil con la que se cubriría la boca. La cronología que estimamos para este estrato se ve reforzada precisamente por este recipiente, ya que una olla similar se recuperó en la sepultura 18 de la necrópolis de Las Ruedas, fechada, *grosso modo*, en la primera mitad de la cuarta centuria, según Sanz Mínguez (1997: 64 y 471, fig. 46 D).

Que esta bolsada XXVIII pertenece al mismo momento que el estrato XXVII —un nivel de incendio que la estaba sellando—, vienen a indicarlo las cerámicas, pues analizados ambos conjuntos lo que tienen en común es la gran homogeneidad que, por tipos de producción, muestran (fig. 19, 10-18). Una homogeneidad que, *grosso modo*, también se advierte en el estrato XXVI, un nivel de ocupación de cierta potencia que fue muy prolífico en materiales cerámicos, tanto a mano con decoración de peine inciso como a torno de mesa y común (fig. 19, 19-38).

En resumen, y por lo que aquí nos interesa, podemos afirmar que este punto de *Cauca* estuvo urbanizado desde cierto momento de la segunda mitad del siglo IV a. C. Lamentablemente, no pudimos realizar más sondeos en sus inmediaciones para ampliar datos en cuanto a edificaciones, calles/callejones, etc. Los más cercanos son ya los de Convento I y II que más adelante veremos, situados a unos cien metros a oriente, pero antes hemos de referirnos a otro punto interesante para conocer la evolución urbana de *Cauca*, localizado a unos doscientos metros al sur de la calle Azafranales n.º 5, que desde 1990 identificamos arqueológicamente como Centro de Jubilados (Blanco, 2018a: 260, 17, figs. 6.19 y 6.20) (fig. 1A, 12).

Concretamente, este lugar se sitúa en avenida del Presidente Adolfo Suárez c/v a avenida de la Constitución, y fue la instalación subterránea de una caldera de gasóleo la obra que nos dio la oportuni-

dad de poder observar la secuencia estratigráfica aquí existente. Al no tratarse de una intervención arqueológica programada, los materiales cerámicos recuperados de la escombrera en la que se depositaron las tierras, y que sin duda fueron arrancados de los estratos vacceos VIII-V (Blanco, 2018a), hemos de presentarlos en conjunto, tal como ya hemos hecho en la obra denominada zanja del Colector Municipal, ya que no sabemos de qué estrato procede cada fragmento de recipiente. En general, podemos decir que se trata de un conjunto tardío en el que algunos vasos podrían remontar hasta finales del siglo III a. C. pero la mayor parte pertenecen a los siglos II y I a. C. (fig. 20). Sobre todo, son de una cronología que va desde avanzado el siglo II hasta el cambio de Era o quizá un poco después. Esto viene indicado principalmente por dos hechos: la fuerte presencia de las cerámicas grises bruñidas de imitación argentea (fig. 20, 19-25), de las que contabilizamos nada menos que sesenta fragmentos, y que sabemos se empezaron a producir hacia el 130 a. C.; y, en segundo lugar, por lo numerosos que son también los fragmentos decorados con pintura blanca (Blanco, 2018b), casi treinta. En resumen, se puede decir que este punto de *Cauca* comenzó a urbanizarse hacia finales del siglo III a. C. o comienzos de la centuria siguiente. La presencia en la base de la estratigrafía de una capa de abundantes escorias de mineral de hierro nos hace sospechar si no se utilizaría este lugar inicialmente como escombrera de alguna herrería cercana, pues nos encontramos en el límite occidental de la ciudad vaccea, y un tiempo después se empezaron a construir las primeras viviendas.

La cronología que acabamos de apuntar casa perfectamente con la que mostró tiempo después, en el año 2006, el nivel fundacional de la excavación realizada en el solar que sirvió para la ampliación del I.E.S. Cauca Romana (Balado, Centeno y Marcos, 2008), lugar del antiguo Colegio Menor Luis Moscardó, hoy plaza del Profesor Adolfo Rodríguez (fig. 1A, 13), y cerca de la muralla vaccea, a unos 120 m al este del referido Centro de Jubilados. En este punto se practicó una excavación de 50 m² (Blanco, 2018a: 267, 34), en la que se pudieron documentar hasta ocho fases constructivas vacceas, de las cuales la inicial, la individualizada por sus excavadores como fase XII, no depuró ni estructuras arquitectónicas bien conservadas ni abundantes materiales cerámicos. Sí fue mucho más prolífica en ambos aspectos la fase XI, con el valor añadido de que está mejor fechada gracias a que entre los materiales recuperados había cerámica itálica de barniz negro bien datada en los años de transición del siglo III al II a. C. (fig. 21, 10, 12 y 13). Por otra parte, al tratarse de datos de excavación, dan una seguridad que no teníamos para el punto explicado en el párrafo anterior. Pero ambos son muy interesantes por otra cuestión que forma parte de la evolución urbana experimentada por *Cauca*, como es el límite meridional

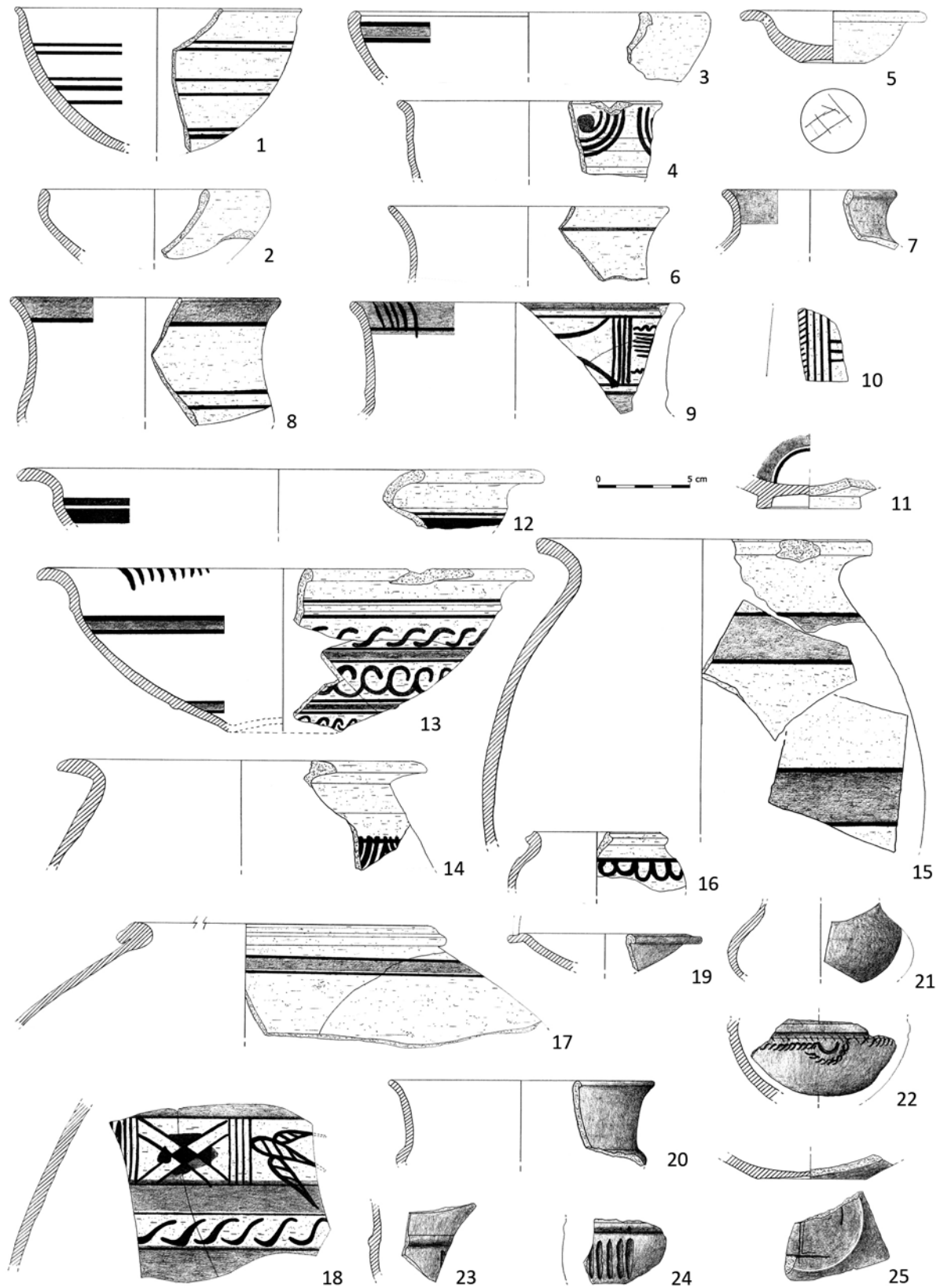


Fig. 20. Centro de Jubilados. 1-18, cerámica vaccea a torno, de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología; 19-25, cerámica gris bruñida de imitación argéntea, lisa y con decoración impresa y acanalada (dibujo del autor).

de la ciudad en relación con su muralla, construida con piedra y adobes (Blanco, 2015a y 2015b). Podríamos pensar, con cierta lógica, que en este proceso de ex-

pansión de *Cauca* hacia el sur, al llegar las construcciones a los límites definidos por las vaguadas topográficas de El Cañuelo y La Alameda —la primera recorrida

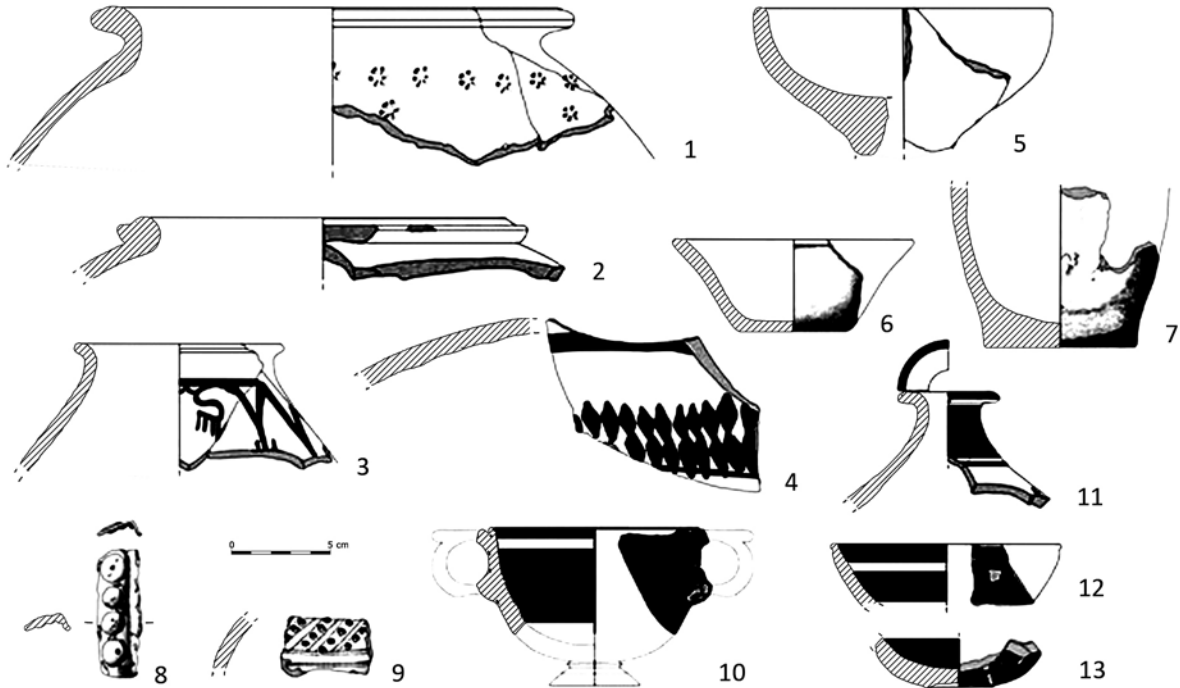


Fig. 21. Ampliación del I.E.S. Cauca Romana. Materiales cerámicos (a mano y a torno) y placa de bronce (n.º 8) del nivel de ocupación significado como fase XI. Los n.ºs 10, 12 y 13 son vasos itálicos de barniz negro (Balado, Centeno y Marcos, 2008).

por un arroyo que desaguaba en el río Voltoya y la segunda por otro de dirección opuesta que vertía sus aguas al Eresma—, hacia finales del siglo III a. C. o inicios del II, fuera en ese momento cuando se comenzara a construir dicha muralla. Sin embargo, sabemos que esto no fue así gracias al análisis tecno-tipológico de los materiales cerámicos recuperados dentro de los propios adobes. Se construyó a lo largo de la línea de cumbres de ambas vaguadas un siglo antes de que las casas se empezaran a levantar en sus proximidades. Es decir, hacia comienzos del siglo III a. C.². Esto significa que, como se ha podido comprobar en otras ciudades prerromanas hispanas —la salmantina de Las Merchanas, por ejemplo—, en el momento en el que se construye la muralla, las casas más próximas a ella se encontraban a cierta distancia, con lo que existió durante ese siglo un espacio abierto, libre de caserío, cuya función era estratégica, ya que serviría para almacenar combustible, guardar los ganados por la noche o dar refugio a la población de los alrededores en caso de amenaza externa.

También en fechas en torno al 200 a. C. es cuando vemos las primeras construcciones vacceas en un solar cercano al que acabamos de referirnos, en el n.º 7 de la calle Doctor Apellániz c/v a la calle Luis Galicia (fig. 1A, 14). Aquí se documentó una secuencia estratigráfica de casi cinco metros de potencia, en cuya base se hallaron varios niveles de ocupación vacceos con restos de viviendas destruidas por incendio y relevantadas. A pesar de que en este punto la directora de la excavación recogió pocos materiales, los fragmentos de cerámica que

podimos ver en los estratos fundacionales cabe llevarlos a momentos próximos a los finales del siglo III a. C. o inicios del II, aunque hemos de reconocer que nos hubiera gustado disponer de más elementos de juicio.

Afortunadamente, a tan sólo unos ochenta metros al noroeste de aquí nosotros mismos pudimos realizar dos sondeos estratigráficos en 1987 que, entre otras cosas, nos permitieron registrar la secuencia ocupacional completa. Denominados Convento I y Convento II (fig. 1A, 15 y 16, resp.), en ambos la potencia de los niveles de ocupación vacceos alcanzaban casi los 1,5 m (Blanco, 2018a: 253, 6 y 7, figs. 6.6, 6.7 y 6.8). En el primero de ellos, el estrato vacceo basal (XVII) suministró un conjunto de recipientes cerámicos formado sobre todo por cuencos, copas, tinajillas y, como tipos menos representados, algún caliciforme y un fragmento de embudo, generalmente decorados con sencillos frisos pintados de color negro o marrón oscuro y rojo (fig. 22, 1-12). Al no ser muy numeroso este conjunto de materiales, tuvimos ciertas dudas para ubicar cronológicamente los inicios de la ocupación de este punto de *Cauca*, pues la mayor parte de ellos nos parecían tardíos, de pleno siglo II a. C., pero otros apuntaban hacia momentos anteriores, como el n.º 10, una base con decoración impresa y acanalada que nos retrotraía hacia los siglos IV-III a. C. Esta fue una de las razones por la que decidimos practicar el segundo de los sondeos, marcado a sólo 2,5 m de distancia al noroeste del anterior, pero con unas dimensiones mayores al habérsenos dado esta posibilidad.

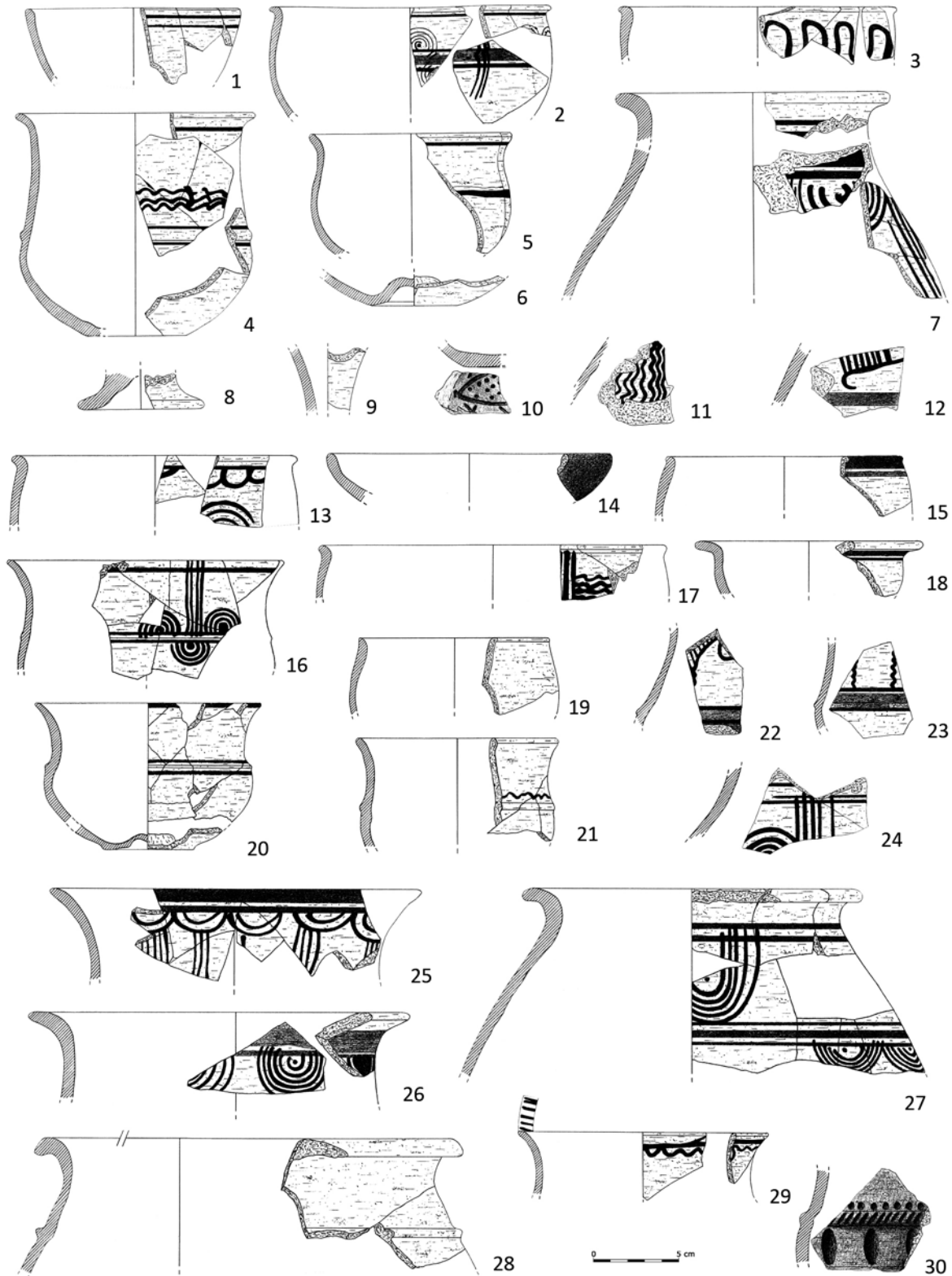


Fig. 22. Excavación Convento I y II. 1-12, cerámica vaccea a torno, de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología, de Convento I, estrato XVII; 13-29, cerámica a torno, de mesa, lisa y con decoración pintada, de diversa tipología, de Convento II, estrato XXII; 30, cerámica gris bruñida de imitación de vasos argénteos con decoración impresa y rehundidos, de Convento II, estrato XXII (dibujo del autor).

Convento II prácticamente fue, desde el punto de vista de las fases documentadas, un calco de Convento I, como era de esperar. La diferencia estaba en que al ser mayor el espacio intervenido, el volumen

de materiales obtenido también fue mayor y, en consecuencia, pudimos afinar en aspectos cronológicos. Volvían a ser mayoritarios los fragmentos de recipientes de tipo cuenco y los caliciformes de avanzada cro-

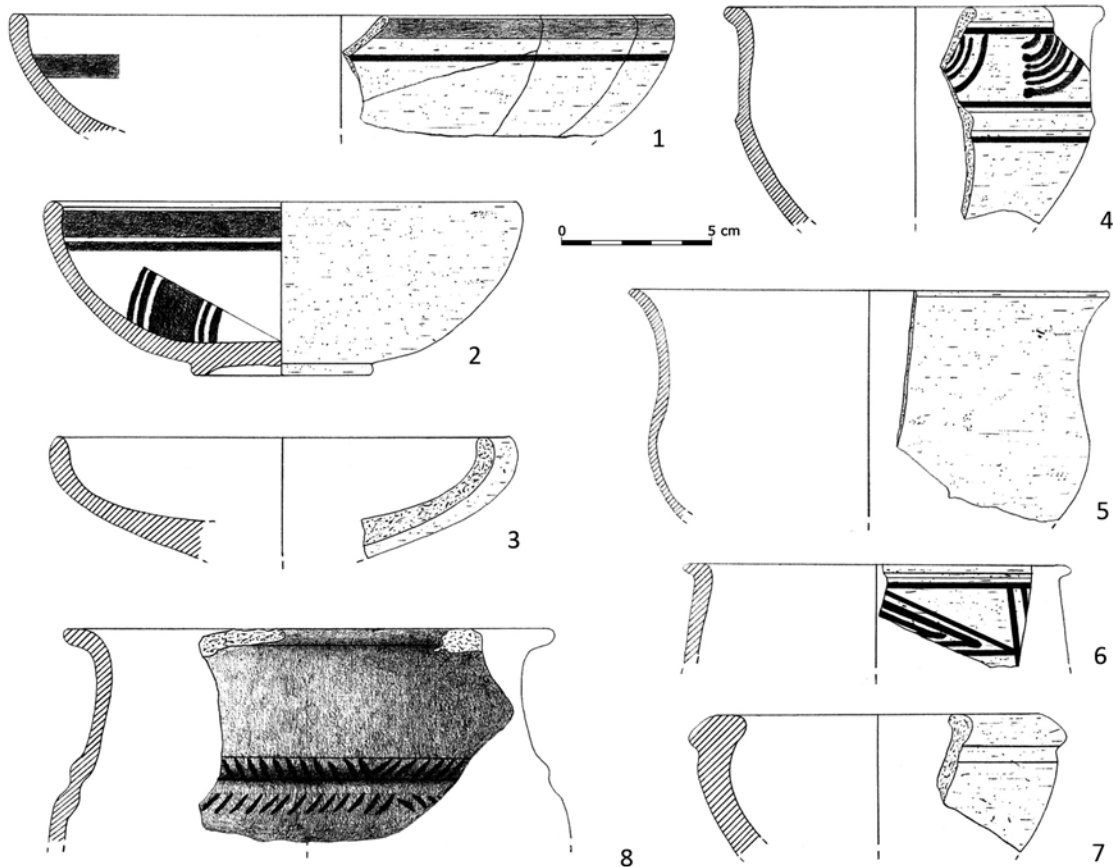


Fig. 23. Calle Joaquina Ruiz, 18 c/v a la calle Canonjía, 10. Cerámica vaccea a torno, de mesa. 1 y 2, páteras; 3, copa; 4 y 6, cuencos; 5, caliciforme; 7, mortero; 8, urna de cerámica gris bruñida de imitación argéntea, con baquetones decorados con líneas impresas (dibujo del autor).

nología (fig. 22, 13-21, 25 y 29), pero algunas tinajillas parecían mostrarnos perfiles y esquemas decorativos pintados algo más antiguos. Esto último se demostró que no era más que una falsa pista al hallarse varios fragmentos de cerámica gris bruñida de imitación argéntea, fechada *post* 130 a. C. (fig. 22, 30), lo cual significa que este punto concreto de *Cauca* se urbanizó en momentos tardíos, y constituye un buen ejemplo de cómo aunque la expansión urbana progresara hacia el sur, el crecimiento fue diferencial al ir quedando espacios sin construir, pues como hemos visto en párrafos anteriores, a unas decenas de metros al sur, en Doctor Apellániz n.º 7 y en el I.E.S. Cauca Romana, ya había viviendas en torno a finales del siglo III o inicios del II a. C.

La cultura material registrada en los estratos basales de Convento I y II tenía mucho en común con la documentada en otro punto cercano en dirección este. Situado en la calle Joaquina Ruiz, 18 c/v a Canonjía, 10 (fig. 1A, 17), realmente no practicamos excavación alguna aquí pero el constructor nos permitió amablemente observar los trabajos de vaciado y dibujar las secuencias estratigráficas (Blanco, 2018a: 252-253, 5, fig. 6.5), de las que se obtuvieron algunas muestras de materiales cerámicos estratificados (fig. 23), con el fin de, llegado el momento, poder estu-

diar la evolución histórica de *Cauca*. Copas, páteras, algunos caliciformes, un mortero de perfil tardío y, de nuevo, algunos fragmentos de cerámica gris de imitación de vasos de plata, entre ellos un borde de urna de tipo XII4 (Blanco, 2001: 51, fig. 2, XII4), todo ello procedente de los estratos más profundos (IX-VII), indicaban que los primeros momentos de ocupación en este punto concreto no iban más allá de comienzos del último tercio del siglo II a. C. Al igual que en otros lugares de *Cauca*, hemos de recordar que se trata de un dato obtenido en un punto muy concreto, que puede ser representativo o no de la zona en la que se encuentra, pero también pudiera ocurrir que a tan sólo unos metros en cualquier dirección existan niveles de ocupación y construcciones de mayor antigüedad.

Seguimos progresando hacia el este y ahora toca referirnos a otro lugar similar al anterior en cuanto a que tampoco aquí se llevó a cabo una excavación arqueológica, sino que se nos ofreció por parte del constructor la posibilidad de observar del proceso de vaciado, dibujar las estratigrafías y obtener muestras cerámicas de los estratos que quedaron a cielo abierto. El lugar concreto en este caso se sitúa en la calle Falcón Ruiz, 2, hoy plaza Mayor, 2 (fig. 1A, 18). Aquí tuvimos tiempo suficiente para dibujar varias colum-

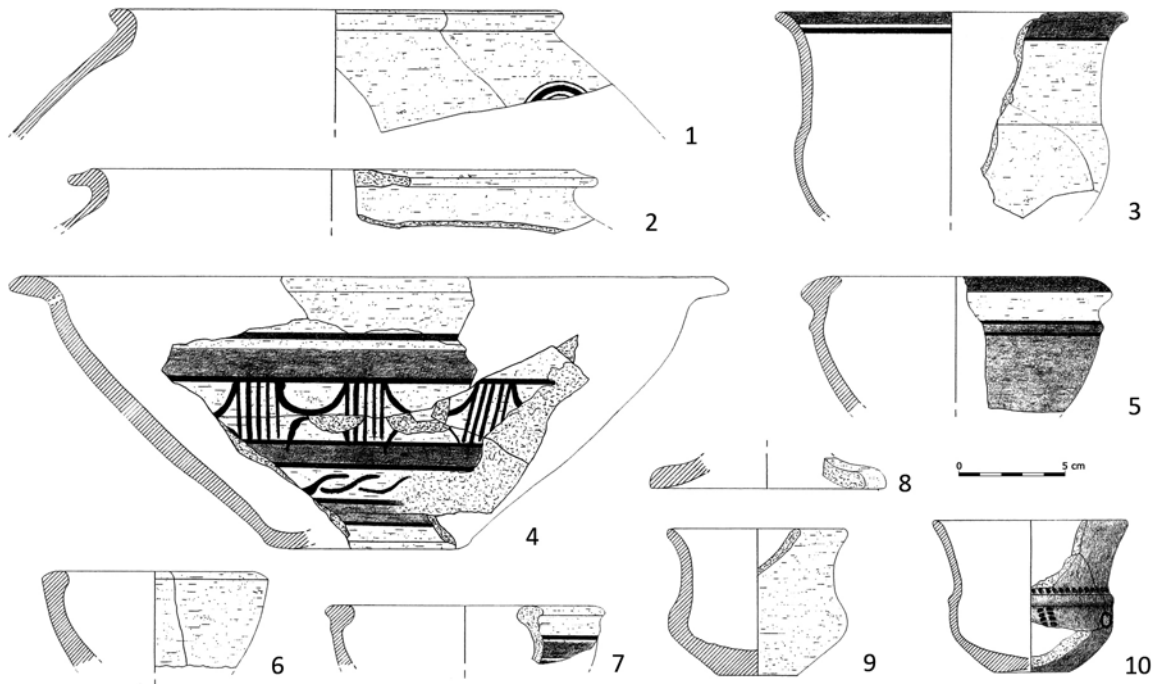


Fig. 24. Calle Falcón Ruiz, 2 (hoy plaza Mayor, 2). Cerámica vaccea a torno, de mesa, lisa y pintada, del nivel fundacional (el n.º 10 es un caliciforme de cerámica gris bruñida imitación de vasos de plata) (dibujo del autor).

nas estratigráficas en aquellos puntos del solar en los que se ubicaban los pozos de cimentación de la nueva construcción, gracias a las cuales tenemos una imagen de la secuencia histórica que en este lugar se constata (Blanco, 2018a: 251-252, 4, fig. 6.4). Los estratos más profundos eran, lógicamente, vacceos, y dependiendo del pozo, la potencia total de estos oscilaba entre 1 y 1,20 m. Como suele ser habitual en cualquier excavación que se practique en Coca, los estratos de la Edad del Hierro también aquí se disponen muy horizontalmente, con pocas alteraciones. Son niveles de ocupación y de relleno, estando ausentes por completo las estructuras arquitectónicas que con ellos debieron de estar relacionadas. Sin duda esto encuentra su explicación en el hecho de que cada pozo era de reducidas dimensiones en planta.

Los materiales cerámicos a partir de los cuales se realizaron las aproximaciones cronológicas de los estratos vacceos, tomados en conjunto, pues no podemos hacerlo de otra forma al ser una obra que seguía su curso, apuntan hacia momentos de los siglos II y I a. C. (fig. 24). Entre el siglo I a. C. y el Alto Imperio la continuidad se mostró segura gracias a que en el pozo D inmediatamente sobre el estrato vacceo más moderno aparecían los restos de una excelente construcción romana de grueso suelo de hormigón romano y paredes estucadas y pintadas de rojo, azul y amarillo que alcanzaban una altura de 0,50/0,60 m. Por este extremo cronológico no había duda del proceso evolutivo acaecido en este punto de Coca, pero el problema estaba (y sigue estando) en concretar el momento del siglo II a. C. en el que es ocupado este

lugar por construcciones vacceas. La presencia de recipientes anaranjados decorados con pintura blanca, así como grises bruñidos de imitación argéntea, indican que al menos en el último tercio de dicho siglo aquí ya hay población. Sin embargo, estas cerámicas proceden de los estratos vacceos intermedios, no del fundacional, con lo que puede que debamos remontarnos a tiempos entre el 150 y el 130 a. C. De nuevo aquí, sería necesario disponer de un conjunto de materiales más amplio y, sobre todo, que fueran de excavación, para despejar estas dudas.

Dudas que también pesan en el siguiente punto al que nos vamos a referir ahora, situado a unos cien metros al norte del anteriormente visto (fig. 1A, 19). En una fecha desconocida, pero posterior a 1962, en la calle General Sanjurjo n.º 7 (hoy calle Real n.º 7), se recuperó un numeroso conjunto de cerámica durante la construcción de una vivienda que, por diversas razones, fue a parar al Museo-Exposición de Arqueología de Coca en 1989. Analizado globalmente, llegamos a la conclusión de que este punto de Coca estuvo urbanizado, con seguridad, durante los siglos II y I a. C., pero puede que ya desde finales del III a. C., pues idéntico perfil cronológico nos muestran las cerámicas recuperadas medio siglo después en la base de la estratigrafía que quedó a cielo abierto unos metros más al norte, en el número 9 de la misma calle c/v a la calle de San Nicolás (fig. 1A, 20). Aunque necesitaríamos practicar más sondeos en esta parte de Coca, todo parece indicar que se ocupa en momentos tardíos, lo cual nada nos sorprende, por dos razones. En primer lugar, es una zona alejada de Los Azafranales,

lo que permite pensar que sólo se urbanizó cuando las hectáreas que había de por medio ya estuvieron ocupadas. En segundo lugar, se trata de una zona cuya topografía deprimida incluso en la actualidad sugiere la existencia de una antigua arroyada no muy profunda que bajaba hacia el paraje de El Pilón y el Eresma, y ya sabemos cómo no es muy recomendable construir junto a estas zonas húmedas y desniveladas. Y un último apunte sobre los materiales cerámicos de General Sanjurjo n.º 7: se contaron por decenas los fragmentos de grandes vasos de almacenaje, de tipo *dolium*, fabricados en cerámica anaranjada, muchos de ellos decorados con frisos de semicírculos concéntricos de pintura roja en sus hombros y con bordes de sección en forma de “cabeza de ánade”, lo que nos dio pie a pensar si no existió aquí un almacén de grano. Una idea que, con un criterio acertado a nuestro entender, nos transmitió años después, en 1989, el propietario de la finca al ceder temporalmente estos materiales para la referida exposición.

La zona oriental de *Cauca*, desde la calle de Valdenebro hacia el este, es la más moderna, la que se incorporó a la trama de la ciudad vaccea en los momentos más avanzados del Hierro II. Esto tiene su lógica: es la zona diametralmente opuesta al extremo occidental de Los Azafranales, que es donde se formó el núcleo inicial, la aldea soteña, y el crecimiento se fue produciendo, como sabemos, hacia el este y el sur. Son los materiales arqueológicos obtenidos en sondeos y remociones del terreno los que corroboran este hecho, pero hemos de ser cautos, ya que este es un espacio aún insuficientemente investigado, como vamos a ver en las próximas páginas, no sin antes referirnos a una intervención que se llevó a cabo en los aledaños del lugar por el que discurrió la muralla, al ser su ocupación un poco más antigua: avenida de José Antonio, 11 (Blanco 2018a: 266).

Este era un punto clave para tratar de marcar los límites urbanos de *Cauca* (fig. 1A, 21)³, y en 2002 se presentó la oportunidad de obtener los datos que necesitábamos al proyectarse la construcción de una vivienda de nueva planta. Como la excavación la practicó una empresa privada que tiene por norma no publicar nunca nada, sí estuvimos al tanto de su evolución para que los restos exhumados no cayeran, por enésima vez, en el olvido de la investigación arqueológica. Y lo que pudimos observar en los dos sondeos practicados era que esta zona estuvo ocupada por casas de madera y adobes, algunas de las cuales habían sido destruidas por un incendio. Los pavimentos eran de arcilla apisonada recocida por efecto del fuego. Desconocemos los materiales recogidos durante los trabajos arqueológicos por parte de su excavadora, si es que recogió algo, pero con motivo del vaciado sí conseguimos tener en nuestras manos numerosos fragmentos de cerámica vaccea que, a pesar de no poderlos adscribir por grupos a estratos concretos, en conjunto reflejaban un ambiente cultural de los

siglos II-I a. C. Este es un dato interesantísimo porque, como se recordará, coincide con la cronología de la primera ocupación registrada en otros dos puntos de las inmediaciones de la muralla que ya hemos visto: el Centro de Jubilados y la ampliación del I.E.S. Cauca Romana. El nivel de cenizas provocado por la destrucción de algunas viviendas, verdaderamente no tenemos datos para saber en qué momento hubo de producirse. Sólo caben cuatro posibilidades: durante la destrucción del 151 a. C., en la del 74 a. C., con motivo de las revueltas vacceas del 56 a. C. —aunque para el caso de *Cauca* no tenemos constancia por parte de las fuentes—, o en cualquier momento ajeno a estos tres episodios y que fuera uno de tantos fuegos accidentales que provocaban la destrucción de casas construidas con postes de madera y cubiertas de paja y ramajes.

Con características similares a las registradas en esta intervención, incluso en lo que se refiere al *modus operandi* de los trabajos realizados, dos años antes, en 2000, había tenido lugar otra de mayores dimensiones que también resultó de un interés excepcional. Nos referimos a la practicada en la calle Valdenebro n.º 28 c/v a la calle de La Alameda (hoy rebautizada como calle Mesonero Mayor de Castilla) (fig. 1A, 22). Aquí se practicaron varios sondeos mecánicos de los que se extrajo la sorprendente conclusión de que no había restos arqueológicos significativos en este punto de Coca, a pesar de que se podían ver perfectamente cimientos y zócalos de piedra de época romana altoimperial, un nivel de incendio prerromano bajo ellos, así como los restos de dos bodegas de paredes de ladrillo seguramente de los siglos XVI-XVIII.

El vaciado, que afectó a un espacio de 528 m² hasta una profundidad de 4 m, lo que significa que se retiraron 2112 m³ de depósito arqueológico estratificado evidenció que en el lugar existieron construcciones modernas, medievales, romanas y vacceas. Centrándonos en los niveles de ocupación vacceos (Blanco, 2018a: 265, 29, fig. 6.28), que son los únicos que en este trabajo nos interesan, se conservaban mejor en la mitad sur de la parcela que en la norte, al estar situadas aquí las referidas bodegas. En total, la potencia del dicho nivel era de 1 m, apareciendo el estrato de incendio visto en los sondeos previos justamente en la zona inferior de la secuencia, casi en contacto con las arenas estériles.

Los materiales cerámicos recogidos en la escombrera municipal, al no poder ser asignados a estratos concretos como sería lo deseable, nos vemos abocados a presentarlos en conjunto y a partir de sus características tecno-tipológicas y decorativas realizar las aproximaciones cronológicas que constituyen el objetivo principal de nuestro trabajo (fig. 25). De las cerámicas vacceas recuperadas, las más antiguas indican que este punto de Coca comenzó a ocuparse hacia comienzos del siglo II a. C. Sin embargo, la mayor parte corresponden a la

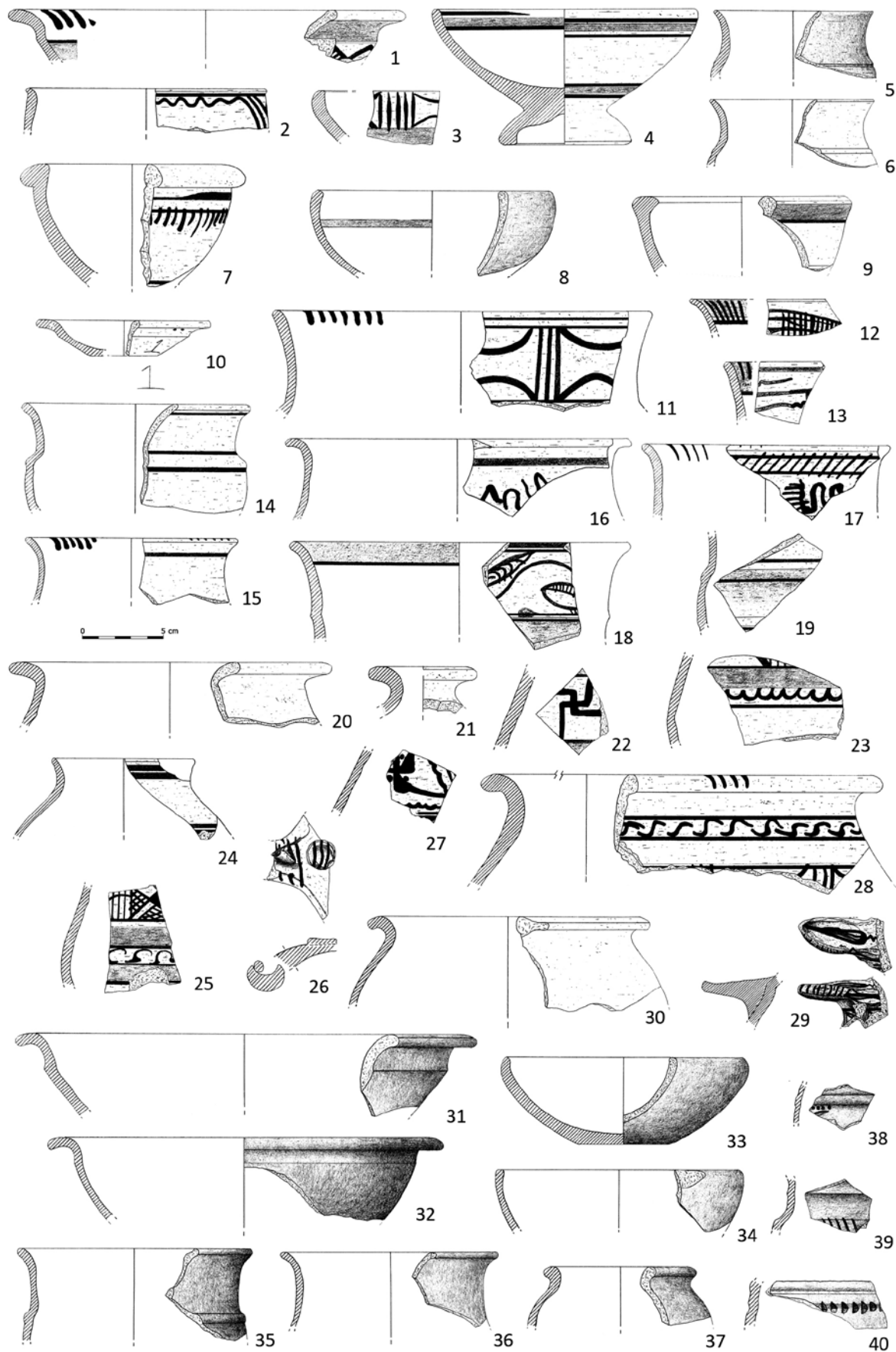


Fig. 25. Calle de Valdenebro, 28 c/v a la calle de La Alameda. 1-28 y 30, materiales cerámicos vacceos a torno, de pastas anaranjadas, tanto lisos como con decoración pintada; 29, oreja (¿de lobo?) de posible trompeta de guerra; 31-40, vasos de cerámica gris bruñida imitación de vasos de plata (dibujo del autor).

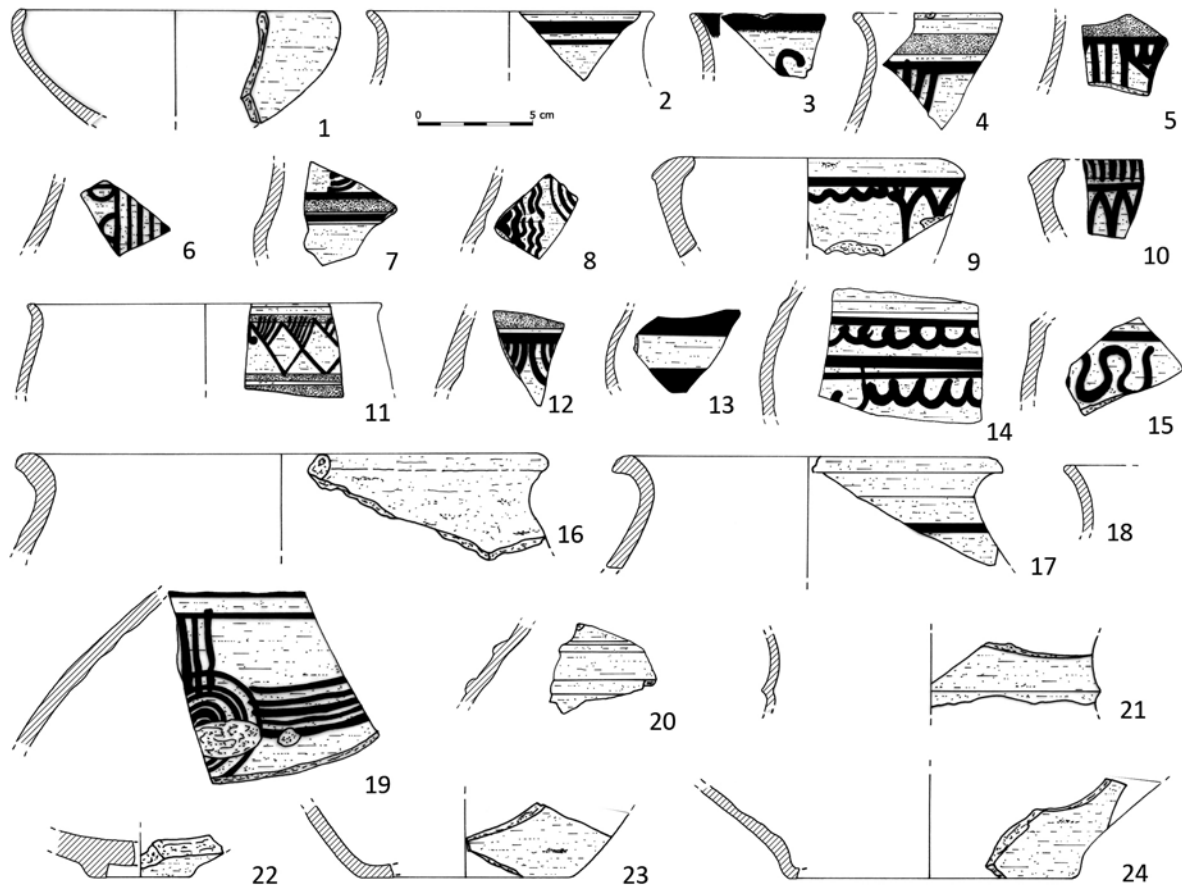


Fig. 26. Calle de La Alameda, 19. 1-15, 17, 19, 22 y 24, cerámica vaccea a torno, de pastas anaranjadas, lisa y con decoración pintada; 18, 20, 21 y 23, cerámica gris bruñida de imitación de vasos de plata; 16, tinaja de cerámica común (dibujo del autor).

segunda mitad de dicho siglo y todo el I a. C. En el siglo I d. C. el lugar aparece ocupado ya por construcciones romanas, dato que viene indicado por la presencia de materiales constructivos altoimperiales, grandes trozos de estuco pintados de rojo, amarillo, verde, negro y azul, fragmentos de TSH, cerámica de tipo Clunia, e incluso teselas blancas de mosaico, aunque estas últimas también podrían ser bajoimperiales.

Entre la cerámica vaccea, muy abundante es la gris bruñida de imitación de vasos de plata (fig. 25, 31-40), lo que unido a los numerosos fragmentos pintados en los que está presente la pintura blanca, la policromía, algún que otro grafito escriturario y la ausencia de cerámica a mano decorada con peine inciso y/o impreso, que en Coca sabemos deja de fabricarse muy avanzado el siglo II a. C., testimonian esa ocupación del lugar a partir de cierto momento de la primera mitad de este siglo. No obstante, conviene indicar también cómo en algún punto de la estratigrafía exhumada mecánicamente, entre las arenas estériles y, por tanto, a una cota inferior al referido nivel de incendio, se podían ver manchas negruzcas de cenizas con fragmentos de adobes vacceos y algunas cerámicas, lo cual significa que con anterioridad a ese momento, y de manera puntual, en esta zona libre de casas debieron de echarse vertidos domésticos (Blan-

co, 2018a: fig. 6.28, ángulo inferior dcha.). Esto no es nuevo en *Cauca*. En otros puntos lo hemos podido ver también. No llegan a ser esos potentes y habituales basureros o cenizales que se identifican en torno a otras grandes ciudades vacceas, como *Rauda* (Sacristán, 1986: 149-154) o la misma *Cauca*, por ejemplo (Blanco, 2018a: 76, figs. 3.6 bis y 3.7), pero sí indican vertidos puntuales de cargas de basura doméstica, seguramente de viviendas cercanas.

Un panorama material muy similar al que acabamos de describir habíamos registrado cuatro años antes, en 1996, en el número 19 de la misma calle de La Alameda, situado a unos cien metros a oriente de Valdenebro n.º 28 (fig. 1A, 23). Bajo los niveles medievales y romanos, la ocupación de época vaccea se manifestó a través de una secuencia de estratos cuya potencia total alcanzaba algo más de 1 m. En ese metro se podían ver varios estratos de incendio que afectaban a buena parte de las paredes del vaciado y fragmentos de adobes quemados, aunque sin pertenecer a muros seccionados longitudinal o transversalmente por la pala excavadora (Blanco, 2018a: 263, fig. 6.25).

En conjunto, los materiales cerámicos vacceos procedentes de estos niveles remiten a un ambiente cronológico de avanzado el siglo II a. C. —muy similar al registrado en el nivel IV de Las Quintanas-*Pintia*

(Gómez y Sanz, 1993: 360-367, figs. 12-17), recientemente vuelto a estudiar por J. C. Coria Noguera (2021)– y toda la centuria siguiente (fig. 26), proyectándose esta última dentro de la primera mitad del I d. C. al constatarse la presencia de fragmentos tardovacceos (Blanco, 2015c: 450-466) y cerámica romana altoimperial. Abundantes son también aquí las grises bruñidas que tratan de imitar vasos de plata, así como las pinturas policromas en las que el blanco está presente, una moda que sabemos surge en las últimas décadas del II a. C. y alcanza su *floruit* a lo largo de la centuria siguiente. En resumen, en este punto de la geografía arqueológica vaccea de *Cauca* la más antigua ocupación parece remontarse al último cuarto del siglo II a. C.

De Callejón de Palomares n.º 1 (fig. 1A, 24) poco podemos decir porque apenas tuvimos tiempo de tomar datos de las labores de vaciado. No obstante, lo que sí hemos de decir es que justamente sobre las arenas blancas características de la geología caucense y estériles desde el punto de vista arqueológico, que aquí afloraban a unos dos metros de profundidad respecto de la superficie actual, se veían fragmentos de adobes vacceos afectados por el fuego. Los escasos fragmentos de cerámica vaccea que logramos ver eran, además de poco significativos, muy tardíos, claramente del siglo I a. C. y alguno puede que incluso de pasado el cambio de Era (tardovacceos). Por tanto, los datos cronológicos relativos a este punto de *Cauca* hemos de considerarlos provisionales, a la espera de que en las inmediaciones se lleve a cabo alguna intervención arqueológica.

Mejores son los disponibles para el penúltimo punto que vamos a considerar en nuestro periplo por el casco antiguo de Coca. A mediados de los años ochenta del pasado siglo, un desprendimiento de tierras acaecido en el cortado fluvial que asoma al Eresma, tras el, por aquel entonces, abandonado cuartel viejo de la Guardia Civil, hoy convertido en residencia de ancianos (fig. 1A, 25), nos brindó la oportunidad de poder observar la secuencia estratigráfica de este lugar tan extremo. Esta era una zona totalmente ignota para nosotros en lo que se refiere a si en ella existieron restos de ocupación de época vaccea y romana, pues medievales sabíamos que sí, al situarse en sus cercanías la antigua iglesia de San Adrián. Tan alejados como estábamos de Los Azafranales y el centro de Coca, siempre habíamos pensado que esta fue una zona deshabitada en época antigua, pero para nuestra sorpresa pudimos constatar que estuvo ocupada tanto en tiempos prerromanos como romanos. Además, los niveles de estos dos periodos del pasado de Coca tenían cierta potencia, lo cual era indicativo de dos cosas: que aun siendo una zona periférica de *Cauca*, el lugar estuvo valorado desde al menos finales del siglo II a. C. o inicios del I, como más adelante comentaré, y, en segundo lugar, que si aquí existió esa continuidad en la ocupación era porque el declive de

las tierras hacia el Eresma se iniciaba bastante más al norte que en la actualidad, lo que por lógica nos obliga a pensar que el cauce de este río se encontraba varias decenas de metros más a septentrión. Además, ese declive topográfico hacia el Eresma en época antigua debió de ser muy suave. Nada que ver con la pendiente de 60 o 70 grados que tiene en la actualidad. Ni a vacceos ni a romanos se les hubiera ocurrido construir junto al pronunciado borde de un curso fluvial.

Porque lo que la estratigrafía mostraba era un espeso nivel de ocupación vacceo, muy horizontal y con abundante material cerámico, y sellándolo se disponía un excelente suelo de *opus signinum* cubierto por restos constructivos romanos pertenecientes a un nivel de derrumbe entre los que pudimos ver algunas teselas, *sigillata*, cerámica común, etc., todo ello dentro de un grueso paquete sedimentario de tierras grises. Estaba claro que en este punto se levantó una vivienda romana de cierta importancia cuya razón de existir quizá estuviera en el disfrute de la naturaleza que hacia el valle del Eresma se abría a la vista.

Lamentablemente, en aquella ocasión ni realizamos un dibujo de la estratigrafía ni tomamos fotografías para que quedara constancia gráfica. Con motivo de la preparación del libro *Cauca Vaccea*, en 2016 volvimos al lugar con la idea de documentarla al menos con un par de fotografías, pero una densa maleza había invadido por completo el cortado y resultaba peligroso tratar de cortarla para despejar el terreno. Por fortuna, el conjunto de fragmentos cerámicos recuperado hace cuatro décadas entre los bloques de tierra que se habían desprendido, sin ser numerosos, sí nos permiten realizar una aproximación cronológica tanto para el nivel de ocupación vacceo como para la vivienda romana. La cerámica vaccea remitía claramente a los momentos finales del siglo II a. C. y toda la centuria siguiente. Entre ella destacan un excelente *kalathos* policromo (Blanco, 1986: portada), una botella de boca de seta y pared lobulada, el borde de un gran cuenco de tipo bol pintado con un friso de aspas y esvásticas en negro, rojo y blanco, y otro cuenco troncocónico pintado con una serie de cuartos de círculo (fig. 27, 1, 4, 2 y 6, resp.). Sobre los restos de la vivienda vaccea tardía que aquí existiera se construyó la romana, siendo sus materiales cerámicos más antiguos del siglo I d. C. Era claramente, por tanto, una construcción altoimperial.

Los datos cronológicos del nivel de ocupación vacceo en este punto casan muy bien con los obtenidos en 1988 en el patio trasero del Centro Cultural Fonseca, situado unos metros al interior de la misma línea de cumbres en la que se situaba el desprendimiento de tierras explicado en los párrafos anteriores, pero a unos 80 m al sureste (fig. 1A, 26). Aquí fueron los trabajos de cimentación de un escenario al aire libre los que propiciaron la exhumación de un nivel de ocupa-

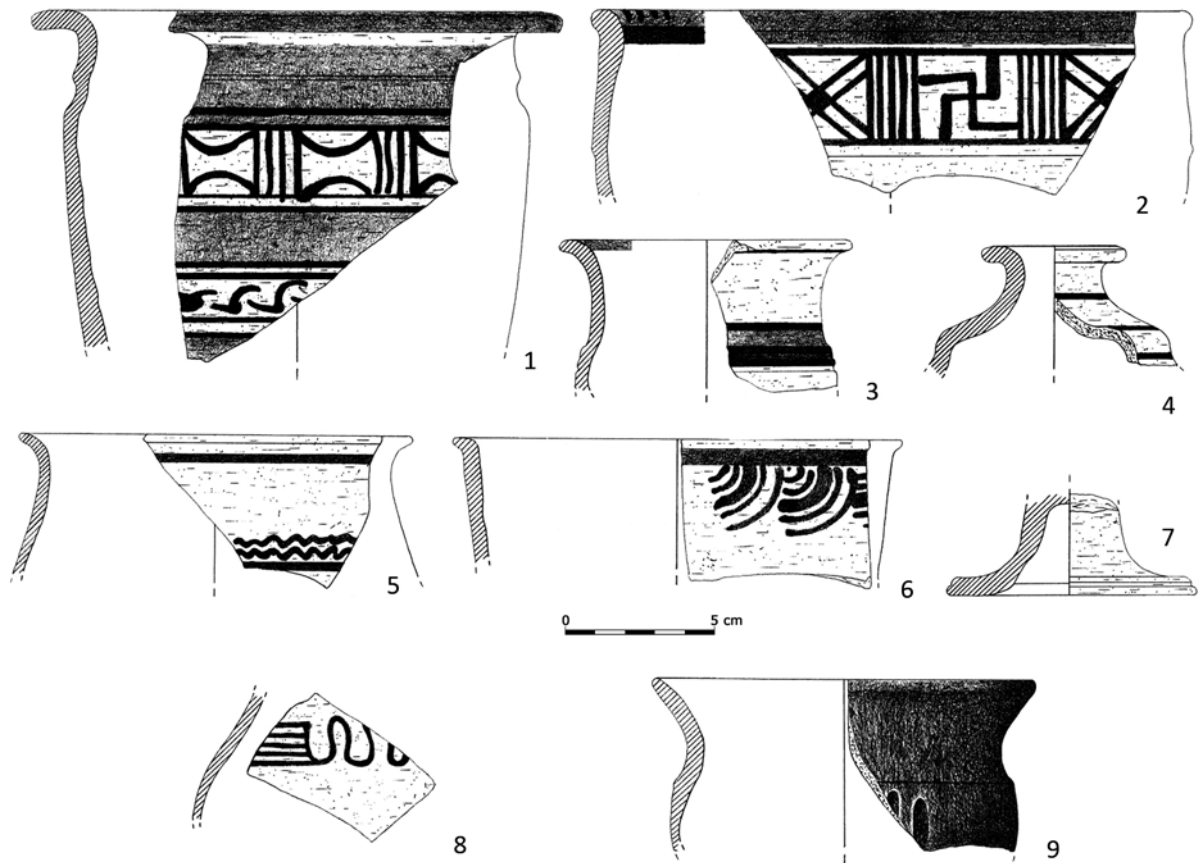


Fig. 27. Cortado al río Eresma tras el cuartel viejo de la Guardia Civil, n.ºs 1, 2, 4 y 6; Patio del Centro Cultural Fonseca, n.ºs 3, 5 y 7-9 (dibujo del autor).

ción vacceo muy superficial con diversos materiales cerámicos que, meses después, se expusieron en el Museo-Exposición de Arqueología de Coca (fig. 27, 3, 5 y 7-9). De nuevo se trataba de un conjunto escaso en número, pero significativo, que podía ser fechado a partir de finales del siglo II a. C., incluso con un caliciforme gris bruñido de imitación de vasos de plata (n.º 9). Puesto que no se trataba de una intervención arqueológica de la que se hubiera podido obtener la secuencia estratigráfica en este lugar de Coca, los datos aquí apuntados es evidente que exigen ser comprobados siquiera mediante un sondeo de cierta amplitud.

Con este último punto, hemos llegado al final de nuestro periplo por el solar caucense, y en los próximos años lo que se precisa es ir añadiendo datos más detallados de cada uno de los sectores urbanos para, por un lado, tratar de explicar esas “anomalías” a las que hemos hecho referencia, estableciendo su alcance, su extensión, así como las causas por las que se han producido, y por otro, tratar de aportar más datos sobre algunas zonas en las que aún son escasos los que tenemos. Evidentemente, las nuevas intervenciones sólo pueden rendir sus frutos a este respecto cuando sus responsables asuman el compromiso de darlas a conocer a la comunidad científica, siquiera de manera resumida.

Conclusiones

Desde el lugar en el que estuvo emplazada la aldea fundacional, la soteña, que es un espacio definido en las tres cuartas partes de su perímetro por las pronunciadas vertientes que han labrado los ríos Voltoya y Eresma, pero que en la Edad del Hierro sin duda debieron de ser más suaves que en la actualidad y encerrando un espacio urbanizable mayor, *Cauca* fue creciendo hacia el este y el sur. Sin embargo, las excavaciones y sondeos realizados en el casco urbano de Coca han demostrado que existió cierta irregularidad en el proceso de ocupación de nuevos espacios. Es decir, la expansión urbana no se produjo de manera regular, por adición de nuevas casas y manzanas a las ya existentes, sino diferencial, lo que significa que en este proceso no debió de producirse una ocupación sistemática del suelo, sino que debieron de quedar incorporados espacios abiertos entre el caserío que se dejaron sin construir seguramente por razones diversas. Todo parece indicar que la topografía fue el elemento que más condicionó el crecimiento urbano, pues a diferencia de la población actual, que es de superficie llana, la superficie natural en la que se levantó *Cauca* vaccea era suavemente ondulada, con zonas alomadas de amplio radio entre arroyadas no muy profundas pero sí determinantes a la hora de le-

vantar nuevas edificaciones. Esta conclusión, a la que llegamos hace mucho tiempo tras poner en relación las cotas de inicio de ocupación en cada sondeo efectuado, se sigue confirmando. Esto es lo que explica que, por ejemplo, en la calle Azafranales n.º 5 la ocupación se inicie en la segunda mitad del siglo IV a. C. y en la avenida de la Constitución n.º 18, situada a poco más de cien metros, ese inicio no se remonte más allá del siglo II a. C. (Blanco, 1993). Allí donde se producen estas, digamos, “anomalías” necesitaríamos practicar más sondeos para detallar mejor el proceso, pues puede ocurrir que en esos escasos metros intervenidos en los que el inicio de la ocupación es de época avanzada se hubieran producido importantes actividades de desescombros y nivelación del terreno previas a la construcción de viviendas tardías que hubieran eliminado vestigios de ocupación más antiguos. Trabajos de desescombros y nivelación de lugares que estuvieron contruidos en época vaccea antigua o plena, motivados por la necesidad de asegurar la estabilidad de la nueva construcción, los tenemos bien constatados en varias de nuestras excavaciones, lo cual explicaría por qué en algunas zonas en las que los materiales de los niveles más profundos de los sondeos se fechan en torno al siglo IV o inicios del III a. C., en puntos muy cercanos no aparecen, siendo los primeros ya de los siglos II / I a. C.

Estas situaciones que tenemos bien registradas en *Cauca*, y que no nos cabe la menor duda de que se repiten en otras ciudades vacceas, no creemos que estén detrás de otro hecho que está directamente relacionado con su proceso de crecimiento y que es muy significativo de cómo este ha tenido lugar. Nos referimos a que de los veintiséis puntos seleccionados en este estudio, del número 17 en adelante ya no aparece la cerámica a mano con decoración de peine inciso y/o impreso, del tipo antes denominado *Cogotas II*, que en *Cauca* dejó de usarse hacia el último tercio del siglo II a. C., lo que quiere decir que este amplio espacio oriental es el último que se urbanizó. La constatación en toda esta zona de construcciones romanas sobre las estructuras vacceas indica que a lo largo del Imperio siguió formando parte de la ciudad romana y su continuidad en tiempos medievales está documentalmente probada al situarse en ella varias de las iglesias (y sus respectivas *collationes*) con las que contó *Coca* entre los siglos XII y XV.

Para no alargar más el texto, podemos concluir diciendo que *Cauca* durante su Edad del Hierro nos muestra tres fases de evolución urbana (y socio-política) que se secuencian sin solución de continuidad. En la fase I no fue más que una pequeña aldea so-teña que llegó a alcanzar unas 2 o 2,5 hectáreas de extensión máxima, una comunidad aldeana formada por unas pocas decenas de familias y no más de unos 350 habitantes, en la que debieron de primar las relaciones de parentesco, pero donde, y como muestran ciertas evidencias arqueológicas de origen foráneo,

ya empezarán a destacar algunos individuos/familias por su mejor situación social y económica respecto del resto de la comunidad. Poco a poco, este modesto núcleo fue creciendo demográficamente y transformándose en una especie de gran aldea, que representaría su fase II, al extenderse su caserío por varias hectáreas de terreno. La fase III, que hemos de darla por iniciada en pleno siglo IV a. C., se caracteriza por la complejidad socio-política y económica alcanzada por *Cauca* al convertirse en una de las ciudades más destacadas y populosas del mundo vacceo (Blanco, e. p.), que llegaría a extenderse por unas 25 o 26 hectáreas, encerradas por una muralla levantada a finales de dicho siglo o inicios del III a. C., y con una pedanía o barrio anexo situado en el extremo occidental del cerro Cuesta del Mercado que no tuvo continuidad en época imperial al quedar deshabitado a mediados del siglo I a. C.

Notas

1. Poca importancia pueden tener, presumiblemente, los sondeos de 4 m² realizados, aunque esto es relativo. Mayor trascendencia tiene la falta de información relativa a una decena de intervenciones que alcanzan dimensiones de 25 m² (tres casos), 36 m² (cuatro casos), 50 m² (un caso) y 60 m² (un caso). Muy posiblemente, no supongan un cambio significativo en el panorama general que aquí trazaremos porque los datos de los que disponemos superan con creces aquellos otros de los que carecemos, pero sin duda añadirían valiosos detalles para mejor comprender el proceso de crecimiento urbano y quizá despejasen algunas de las incógnitas que, como se verá, van a ir surgiendo en las próximas páginas.

2. Recientemente, al darse a conocer la excavación practicada en el año 2016 en la muralla para documentarla tanto en anchura como las características de su fachada interna (Balado y Quintana, 2021), se ha propuesto una fecha de construcción de hacia finales del siglo III a. C./inicios del II (Balado y Quintana, 2021: 61) en virtud de «cierto consenso» en la datación de las murallas vacceas que realmente no existe, y «Del estudio de los materiales cerámicos de los niveles basales» que, por cierto, tampoco se dan a conocer para que los interesados podamos extraer conclusiones tras su análisis. A pesar de que sigue resultando común el uso de interpretaciones historicistas para explicar la construcción de murallas en la Meseta (presencia de los ejércitos de Aníbal o de las legiones romanas), la arqueología viene demostrando desde los años veinte y treinta del pasado siglo que en muchas ciudades, como las vetonas por ejemplo, son anteriores a esos episodios. En nuestro caso, es la cerámica más moderna de la colección extraída del interior de los adobes en la intervención del año 2014 la que marca unas fechas de inicios del siglo III a. C.

3. Como clave era también la intervención llevada a cabo en el año 2015 en la plaza del Arco n.º 2, en la que a pesar de registrarse «varios retazos de casas de época vaccea» en tres espacios (Villanueva *et al*, 2021: 148-150), al no haberse dado a conocer los materiales recuperados, lamentablemente, desconocemos a qué momento(s) pertenecen.

Bibliografía

- BALADO, A., CENTENO, I. y MARCOS, F. J. (2008): *Informe de la excavación arqueológica de la ampliación del I.E.S. Cauca Romana, Coca (Segovia)*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia de la Junta de Castilla y León. Inédito.
- BALADO, A. y QUINTANA, J. (2021): "Excavaciones en la muralla vaccea de Coca (Segovia): la romanización de un espacio urbano". En S. Martínez et al (coords.) *Segovia romana. Investigaciones recientes del mundo romano en Segovia*. Segovia: Junta de Castilla y León, pp. 49-64.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 173-212.
- (2006): *La necrópolis celtibérica de La Dehesa en Ayllón. Fondos del Museo de Segovia*. Museos de Castilla y León. Estudios y Catálogos, 16. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1986): *Coca Arqueológica*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional.
- (1991): *Los hornos de cerámica vaccea de Coca (Segovia)*. Memoria de Excavación depositada en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Segovia. Inédita.
- (1992): "El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)". *Revista de Arqueología*, 130, pp. 34-41.
- (1993): "Excavación en la Avda. de la Constitución. Coca (Segovia)". *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, pp. 159-173.
- (1998): "Las producciones cerámicas del alfar vacceo de Cauca (Coca, Segovia)". *Madridrer Mitteilungen*, 39, pp. 121-141.
- (2001): "La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27, pp. 23-62.
- (2006a): *El Primer Milenio a. C. en la zona noroccidental de la provincia de Segovia. Hacia la formación de Cauca (Coca). (Siglos XI-V a. C.)*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Colección Tesis Doctorales.
- (2015a): "Piedra y barro. La muralla de la ciudad vaccea de Cauca". *Vaccea Anuario*, 8, pp. 38-46.
- (2015b): "La muralla de Cauca vaccea". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie 1, Prehistoria y Arqueología*, 8, pp. 87-134.
- (2015c): "La cerámica pintada meseteña desde Augusto hasta Adriano". En M. C. Fernández Ochoa, A. Morillo y M. Zarzalejos (eds.) *Manual de cerámica romana II. Cerámicas romanas de época altoimperial en Hispania. Importación y producción*. Madrid: Museo Arqueológico Regional, pp. 429-491.
- (2018a): *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 5.
- (2018b): "La cerámica vaccea decorada con pintura blanca". En *Homenaje a la profesora Isabel Rubio de Miguel. Anejos a CuPAUAM*, 3, pp. 193-202.
- (2021): "Contribución al conocimiento de la evolución de la cerámica vaccea fabricada a torno. La secuencia estratigráfica documentada en la Calle Azafranales n.º 5, de Coca (Segovia)". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 17, pp. 43-72.
- (e. p.): "De aldea soteña a ciudad vaccea: Cauca (Coca, Segovia)". En S. Martínez (ed.) *Celtíberos y vacceos. Origen y desarrollo de la ciudad en la Protohistoria en el alto y medio Duero*. Segovia.
- BLANCO GARCÍA, J. F., PÉREZ GONZÁLEZ, C. y REYES HERNANDO, O. V. (2012-2013): "Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9, pp. 29-144.
- CORIA NOGUERA, J. C. (2021): *La cerámica del oppidum vacceo-romano de Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). Estudio analítico y contextual*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 10.
- DELIBES, G., ROMERO, F. y RAMÍREZ, M. L. (1995): "El poblado 'céltico' de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90". En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio A. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 149-177.
- GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): "El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 335-370.
- JUSTO, R., MUÑOZ, A., SANZ, C., CORIA, J. C., DE LA PEÑA, I. y RODRÍGUEZ, E. (2022): "El alfar vacceo de Tordehumos (Valladolid). Primeros resultados de las prospecciones y excavaciones arqueológicas desarrolladas". *Vaccea Anuario*, 15, pp. 5-21.
- ROMERO, M. V., ROMERO, F. y MARCOS, G. J. (1993): "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 223-261.
- SACRISTÁN, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid: Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- VILLANUEVA, L. A., BARRANCO, J. M. y CABAÑERO, V. (2021): "Excavación de un sondeo arqueológico en el solar de la Plaza del Arco, n.º 2, de Coca (Segovia)". En S. Martínez et al. (coords.) *Segovia romana. Investigaciones recientes del mundo romano en Segovia*. Segovia: Museo de Segovia, pp. 145-156.